



PALIMPSESTOS

REVISTA DE ARQUEOLOGÍA Y ANTROPOLOGÍA ANARQUISTA

Número 0 - Año 1 - Abril de 2017

/

ISSN OnLine: 2545-7934

PALIMPSESTOS

REVISTA DE ARQUEOLOGÍA Y ANTROPOLOGÍA ANARQUISTA

Número 0 - Año 1 - Abril de 2017



ISSN ONLINE 2545-7934

ISSN PAPEL 2545-7926

COORDINACIÓN

Leonardo Faryluk

COLECTIVO EDITORIAL

Cristian del Castillo Müller

Leonardo Faryluk

Juan Carlos Mejías

Camilo Araya Fuentes

Alma Lerma Guijarro

Diego Mellado

COLECTIVO ACADÉMICO

Guilherme Falleiros

Camila Jácome

AUSPICIOS Y AMIGXS

De la Roca al Metal - <http://www.delarocaalmetal.com/>

Anarchaeologie - <http://anarchaeologie.de/>

(A)narchaeology - <http://www.anarchaeology.org/>

Erosión: Revista de Pensamiento Anarquista - <http://erosion.grupogomezrojas.org/>

Pampa Negra: Boletín del Taller de Estudios Anarquistas en Antofagasta -

<http://pampanegra.blogspot.com.ar/>

Acracia: Periódico Anarquista de Valdivia - <https://periodicoacracia.wordpress.com/>

Federación Anarquista Local de Valdivia - <http://federacionlocalvaldivia.org/>

ContraHistoria - <http://revistacontrahistoria.blogspot.com.ar/>

PALIMPSESTOS: REVISTA DE ARQUEOLOGÍA Y ANTROPOLOGÍA ANARQUISTA es una publicación digital independiente, orientada a la socialización de trabajos de investigación, estudios de casos, reflexiones teóricas, aportes metodológicos y experiencias prácticas desde una perspectiva anarquista amplia; que acepta contribuciones vinculadas a la arqueología, antropología, bioantropología y gestión de referentes culturales.

Como propuesta libertaria, esta revista intenta borrar fronteras y distancias, esperando contribuciones de autores de todos los rincones del globo. Por cuestiones técnicas y limitaciones idiomáticas, se sugiere que los trabajos estén redactados en inglés, portugués o español. Serán publicados en idioma original y sus correspondientes traducciones al último mencionado. Aquellos textos escritos en cualquier otro idioma, podrán ser incluidos si el/la autor/a se encuentra en posibilidades de aportar la traducción correspondiente.

La convocatoria es permanente, los trabajos pueden enviarse durante todo el año. Sin embargo, periódicamente los/las editores decidirán una fecha de cierre para la selección de cada número. Los trabajos recibidos a partir de la misma quedan automáticamente en consideración para el número siguiente.

Diseño de Tapa:

Leonardo Faryluk

Fotografía de zendritic – “Berlin Brick” (<https://www.flickr.com/photos/zendritic/7608692260/>)

Logos:

Diego Mellado

“Homenaje a un sencillo elemento de la naturaleza, que ha marchado junto a los flujos humanos del Planeta Tierra: la piedra. Diario del pasado, herramienta primordial, retrato de nuestra antigüedad ¿Qué historias narran las voces de las rocas? ¿Cuál es el lenguaje de sus huellas?” – Ilustración en acuarela con agua de nieve andina.

Diseño y Montaje:

Colectivo Editorial de Palimpsestos: Revista de Arqueología y Antropología Anarquista

Traducciones:

Leonardo Faryluk

Contacto:

palimpsesto.anarquista@gmail.com

Sitio Web:

www.palimpsestoanarqui.wix.com/palimpsestos

San Fernando del Valle de Catamarca – Catamarca – Argentina



Esta obra is licensed under a Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional License. Esto significa que los contenidos de esta obra pueden ser reproducidos siempre y cuando se señale la autoría y no sean utilizados con fines comerciales. Palimpsestos: Revista de Arqueología y Antropología Anarquista es una publicación amplia, tanto en su concepción disciplinar, sus inquietudes socioculturales, como en el criterio aplicado en la selección de los materiales. Por ello, no necesariamente comparte las opiniones vertidas por lxs autores.

CONTENIDO

Editorial: Orígenes (<i>Faryluk, L.</i>)	7
La Metáfora del Progreso (<i>Araneda Hinrichs, N.; Becerra Parra, R. y J. Benöhr Riveros</i>)	11
Foundations of an Anarchist Archaeology: A Community Manifesto (<i>The Black Trowel Collective</i>)	21
Bases para una Arqueología Anarquista: Un Manifiesto Comunitario (<i>Colectivo Cucharín Negro</i>)	31
Sophisticated Rebels: Meaning Maps and Settlement Structure as Evidence for a Social Movement in the Gallina Region of the U.S. Southwest (<i>Borck, L.</i>)	39
Rebeldes Sofisticados: Mapas y Estructuras de Asentamientos como Evidencia de Movimientos Sociales en la Región Gallina del Sudoeste de Estados Unidos (<i>Borck, L.</i>)	75
Abusos, Tributos y Rebeldías: El despojo colonial en el Corregimiento de Atacama, Siglos XVI-XVIII (<i>Del Castillo Müller, C.</i>)	111
El Origen del Estado y la Desigualdad Social: La Revolución Neolítica (<i>Cruz, R.</i>)	145
Notas para una Crítica Anarco-Indígena a o Individuo (<i>Falleiros, G.</i>)	189
Notas para una Crítica Anarco-Indígena al Individuo (<i>Falleiros, G.</i>)	209
Paisaje y Materialidad en Tucumayo: Aproximaciones desde la Arqueología Anarquista a una Comunidad Arqueológica de Mutquín, Catamarca – Argentina (<i>Faryluk, L.</i>)	227
The Bully's Pulpit: On the Elementary Structure of Domination (<i>Graeber, D.</i>)	251
El Púlpito del Matón: Sobre la Estructura Elemental de la Dominación (<i>Graeber, D.</i>)	263
Porque discutir Feminismo na Arqueologia? (<i>Intro: Jácome, C.</i>)	275
¿Por qué discutir sobre Feminismo en la Arqueología? (<i>Intro: Jácome, C.</i>)	283
Arqueología Anarquista: Conceptos Básicos (<i>Lerma Guijarro, A.</i>)	289
Documento Histórico: “Los Tehuelches: Sus hábitos, costumbres, creencias y tradiciones” por Solano Palacio (<i>Intro: Mellado, D.</i>)	311
Arqueología, Ciencia y Acción Práctica: Una Perspectiva Libertaria (<i>Morgado, A.; Abalos, H.; Berdejo, A.; García-González, D.; García-Franco, A.; Jiménez-Cobos, F. y A. Rodríguez-Sobrino</i>)	319
Hacendados, Científicos y sus Trofeos de Guerra (<i>Valko, M.</i>)	357



EL ORIGEN DEL ESTADO Y LA DESIGUALDAD SOCIAL LA REVOLUCIÓN NEOLÍTICA¹

Cruz, Raúl

¿Puede un hombre blanco poseer una roca, un árbol o una montaña? ¿Puede poseer el corazón de un hombre?

Irvin Keschner (1978) “La venganza de un hombre llamado caballo”

El desprecio de los Yanomani por el trabajo y su desinterés por un progreso tecnológico autónomo es un hecho.

J. Lizot (1973)

Introducción

Semántica de la revolución y aproximación historiográfico-filosófica a la génesis de la desigualdad, el origen de la civilización y el proceso de neolitización

Como ser social el humano tiende a organizarse de manera más o menos compleja a lo largo de la historia. Nacida de forma natural, esta organización está inicialmente basada en el principio de importancia del grupo, su supervivencia y convivencia. Ello irá degenerando, sin embargo, hacia estructuras que benefician de modo directo a un sector concreto dentro de la sociedad, desde el que emanan una serie de beneficios redistribuidos entre el resto del colectivo. Envilecido instrumento de dominación de pueblos, tierras y culturas, invasor de divergentes espacios geográficos en un amplio lapso cronológico, el Estado surge de mano de propiedad privada, trabajo por cuenta ajena, sistematización de intercambios comerciales, burocracia contable, militarismo, esclavitud y teocracia panteísta. Ésta última en sustitución del manismo animista chamánico, primera y más duradera forma de religiosidad adoptada por la humanidad.

Como organismo especializado en el mantenimiento de un determinado orden, el Estado, entidad cuya cúspide gestora sería calificada de “superestructura parasitaria” por el pensamiento marxista o materialismo histórico a finales del siglo XIX, se pondrá desde su mismo origen al servicio de riqueza y privilegiados, por tanto, del poder y su ejercicio. Versátil instrumento de la clase, o estamento, dominante será ese creciente poder político. La clase dominante es clase propietaria para cuya protección existe precisamente el Estado.

¹ Publicado originalmente en la revista *Contrahistoria*.

En el Medioevo, con mayoría de población campesina, el poder real lo ejercen verdaderamente los señores y no los reyes. La nobleza es preparada para el arte de la guerra o los altos cargos diocesanos. Laboradores trabajan así para alimentar a oradores y bellatores en un régimen feudal dónde, teóricamente, estos últimos tienen por función otorgar protección militar al resto de la comunidad.

Evitando idealizadoras visiones del pasado podemos concebir como decenas de milenios de equilibrado respeto al medio natural dieron paso, desde hace en torno a 12.000 años, a un complejo proceso cuyas causas y origen, así como desarrollo y difusión, han resultado historiográficamente justificados, o explicados, en base a variopintas teorías, hipótesis, escuelas o paradigmas. Argumentaciones historicistas, positivistas, funcionalistas, materialistas, estructuralistas, feministas o procesualistas para una investigación fundamentalmente basada en fuentes arqueológicas y etnoarqueológicas. Fuentes que han dejado su impronta en la ulterior reinterpretación del registro y consiguiente elaboración de nuevas hipótesis y paradigmas. Y ello sin obviar el, necesariamente fundamental, papel de disciplinas como la genética de poblaciones y, por supuesto, la lingüística. Hipótesis, las referidas, a ninguna de las cuáles ceñiremos en exclusiva el presente posicionamiento, si cabe, valedor de una explicación multicausal. Análisis que rebasa circunstanciales factores habitualmente desplegados, no resultando ninguna teoría enteramente satisfactoria por sí sola, lo que nos lleva a concluir que seguimos hallándonos frente a una cuestión muy desconocida, sobre todo por el gran público. Las causas profundas de la estatización de la sociedad sobrepasan en mucho circunstancias y estrategias, tanto políticas como sociales, que más habitualmente nos han sido propuestas. Inevitable resulta hacernos preguntas como ¿constituye el principio de mando un instinto humano natural? La consolidación de un complejo de dominación empujó a algunos humanos a querer elevarse sobre el resto. Primaria vía de mayor disfrute o acceso a bienes materiales. Autoritaria actitud que comenzó a tornarse hereditaria.

Solo a través de un conocimiento crítico del pasado pueden los pueblos reinterpretar su presente y proyectarse en el futuro. Ello ante el permanente proceso colonizador e integrador de sociedades sin estado en la “obra civilizadora”. Hallamos hoy retazos de organizaciones sociales preexistentes basadas en solidaridad, apoyo mutuo y formas comunitarias de autoorganización. Es por ello nuestro propósito reivindicar que individuos o comunidades humanas sin historia puedan reapropiarse críticamente de su pasado, con el libertario propósito de retomar las riendas de sus vidas. Círculo frente a pirámide. El dominio no aparece hasta que es ejercido, pero ¿cómo consigue el poder instalarse en comunidades que le son completamente ajenas y no lo necesitan? Ello precipitando el choque entre la

estructura comunalista existente y el sistema monacal que introduce jerarquía, propiedad, servilismo y obediencia.

El Etnocentrismo cultural tan tradicionalmente presente en el pensamiento occidental, se ligó a una visión, por ser suaves, “exótica” de periféricas culturas indígenas contempladas, en el mejor de los casos, de manera condescendiente como una especie de “infancia asalvajada” de la humanidad. Tal circunstancia no constituye una mera traba a la reflexión, rebosando sus implicaciones de consecuencias más que determinantes en una adecuada articulación de la misma.

A diferencia de otros sistemas de pensamiento, el antiautoritario ha ocupado, tradicionalmente, una marginal ubicación en los ámbitos científico y académico, no resultando la Antropología Social o Cultural, también denominada Etnología, una excepción al respecto. ¿Asistimos en la actualidad a un proceso revolucionario postindustrial de la magnitud del acontecido en el Neolítico? ¿Acaso de mano, en primera instancia, de nuevas tecnologías de la comunicación, después quizás de la inteligencia artificial, atisbamos en nuestros días el comienzo de un período de transición a un modelo social completamente nuevo? De ser así, a buen seguro, este observará su culminación en mucho menos tiempo que la, remota en el tiempo, pero de larguísimo alcance por lo que somos hoy, Revolución Neolítica.

Neolítico, o edad de la piedra pulimentada, es la denominación con que la investigación decimonónica bautizó la segunda gran etapa, tras Paleolítico, de la prehistoria. Última Edad de la Piedra en que éste, casi inabarcable período que comprende más del 95% del devenir humano sobre el planeta, quedó convencionalmente dividido. Etapa, así mismo, precedente a una Edad de los Metales que, en su eclosión inicial, Calcolítico y Edad del Bronce, resulta coetánea al nacimiento del Estado y con ello de la propia Historia, localizándose las más antiguas evidencias al respecto en Oriente Próximo, más concretamente en esa extensa área conocida como Creciente fértil, que atraviesa Mesopotamia, Siria, Palestina, Israel, Anatolia, Kurdistán y los Montes Zagros. Como ahora sabemos se produjeran avances comparables en otros puntos del globo (focos prístinos) de modo endógeno e independiente. Así, los valles del Nilo e Indo, Mesoamérica, Perú, la cuenca del Yangtse, o gran río Amarillo, en China, además de áreas insulares del Egeo y el Mediterráneo Oriental (hay quién añade el norte africano) acogerán el surgimiento del estado sin una influencia directa externa.

Hasta 1941, cuando el arqueólogo australiano Gordon Childe la acuñó en su obra, “El origen de la civilización”, no resultó conceptualmente contemplada la idea de Revolución Neolítica y consecuente Revolución Urbana. Revolución no en el virulento sentido de inmediatez que otorga al término la contemporaneidad, si en lo que a, no necesariamente traumático,

cambio radical en la estructura social u organizativa anteriormente predominante se refiere. Prolongado varios milenios en su desarrollo y extensión, nos hallamos ante el más relevante proceso revolucionario de cuantos ha protagonizado el tan excepcional como miserable, homo sapiens. No se trata de un cambio biológico o evolutivo, si de un relevo socioeconómico que transformó el mundo. Paulatina transformación global que afectará a todos los aspectos vitales, con la sedentarización como trascendental consecuencia que permitirá la aparición de urbanismo y, sobre todo, de aparatos estatales. No obstante, resultaría etnográficamente inexacto sostener que todo complejo tecnocultural desprovisto de economía productora esté abocado al nomadismo, precediendo en algunos casos el sedentarismo a la propia producción de alimentos. Y más relevante, sin duda, resultó para la humanidad que pisar la luna aprender a producir su propio alimento.

Aunque sí conlleva un cambio radical en la estructura sociopolítica o económica, la palabra “revolución” no implica necesariamente sanguinolento conflicto. Baste el presente ejemplo u otros, si cabe más conocidos por el gran público, como la Revolución Industrial (del carbón y el vapor primero y el petróleo y la electricidad en una segunda fase), la portuguesa “Revolución de los Claveles” de 1974, acontecimiento cuestionablemente revolucionario, si cabe más transicional, al tratarse de un levantamiento prodemocrático del ejército apoyado por el pueblo, o la “Revolución Cultural China”, que desde 1966 intentó modernizar el régimen impuesto por Mao Tse Tung en 1949 a la nación más poblada de la tierra. Cambios radicales del sistema acontecieron en procesos revolucionarios de clase, como la celeberrima Revolución bolchevique rusa de 1917, que enterró la macknovista protagonizada por el Ejército Negro en Ucrania. La Mexicana de 1910 es germen del actual zapatismo indigenista, erigido en la revuelta chiapaneca de 1994 universalizada por el pasamontañas del inidentificable subcomandante Marcos al frente del E.Z.L.N. El advenimiento de la Edad Moderna otorgó, así mismo, varias revoluciones de precios como las acontecidas a lo largo del siglo XVI, en consecuencia, a la ingente entrada de metal precioso americano al Imperio Español y la Europa norte. También se bautizaron con esta categoría insurrecciones armadas detonadas, tras el impulso constitucional que irradió la Revolución Americana de 1776, al amparo de la Revolución Francesa. En 1789 ésta depuso la sociedad estamental gestando, de mano de la industrialización, una sociedad de clases que engendró obrerismo e identidad proletaria. Su trascendencia histórica radica en la materialización de una primigenia anteposición de derechos individuales, o humanos, a reinos, fronteras, naciones, amos o territorios. Moralmente condenada por la historia más conservadora y eclesial, tan “antimonárquica” inflexión, protagonizada por harapientas multitudes jacobinas que toman conciencia de sí mismas, su voluntad y destino, torpedeará la línea de flotación en que descansaban las añejas estructuras, cuasi feudales o absolutistas, del Antiguo Régimen en buena parte de la vieja Europa. La constitución estadounidense de 1776 recoge el derecho a

la autodefensa armada, con fundamento en el derecho al levantamiento o rebelión frente a gobiernos tiránicos. Cultura de rebelión frente a la metrópoli que no significó aquí una verdadera Revolución Social, pues existe una élite a la que interesaba independizarse de la corona británica por razones fundamentalmente económicas. Cuando dicha élite se siente fuerte no tendrá reparo en cortar, abortar o reprimir todo movimiento disidente. Cualquier defensa de la violencia como instrumento empleado en nombre del interés de un colectivo frente a una agresión estatal es, desde entonces, especialmente en la actualidad, falazmente tachada de “terrorismo”.

El afianzamiento del liberalismo en el siglo XIX propició dos procesos revolucionarios emergidos en Francia y Alemania en 1830 y 1848 respectivamente. La historia bautizó como “Sexenio Revolucionario” el período comprendido entre el destronamiento de Isabel II (“Revolución Gloriosa” de 1868) y el inicio, en 1874, de una restauración monárquica precedida por la proclamación de la Primera República española (1871-73). Más cercana en el tiempo y precedida, dos años antes, por la Revolución Asturiana de 1934, la Revolución Española, acontecida en Barcelona durante julio de 1936, es valorada por no pocos autores como el último intento real en la historia de despojar al capitalismo del absoluto control del destino de los pueblos de la tierra. No confundir con otra “Spanish Revolution”, así interesadamente bautizada, tras una puesta de largo en la madrileña Puerta del Sol durante mayo de 2011. Sobran análisis comparativos al respecto. En Italia, veteranos de la Primera Gran Guerra (arditi), proclamaron junto a paramilitares ultranacionalistas (“camisas negras”) una Revolución Fascista o nacional revolucionaria que, desde 1921, como sucedería en España algo después con Falange de las JONS, siempre se mantuvo al servicio de caciques y terratenientes. Nunca del pueblo llano, a pesar de pregonar sus ideólogos reformas agrarias o expropiaciones nunca acometidas. Y como obviar la vigente Revolución Cubana. Iniciada tras el épico episodio que en 1959 depuso la dictadura proestadounidense de Fulgencio Batista, otorgó al imaginario popular el más universal icono revolucionario arrojado por la historia, el argentino Ernesto Guevara “Che”, acribillado en la selva boliviana, por encargo de los servicios de inteligencia de los EE.UU., el verano de 1967. Subrayar pues, en síntesis, a lo anterior, la diferenciación conceptual entre “Revuelta”, “Rebelión” y “Revolución”. Solo la primera implicará, necesariamente, virulencia, refiriendo la segunda la mera oposición (violenta o no) a un poder establecido.

Las teorías modernas sobre el origen del Estado resultan relativamente recientes, pues la concepción de éste como entidad natural permanece vigente en pensadores clásicos como Aristóteles. La era de los descubrimientos, iniciada en el ocaso de la decimoquinta centuria, y posteriores exploraciones geográficas planetarias, acontecidas principalmente en los siglos XVIII y XIX, evidenciará, a ojos occidentales, la existencia de culturas o sociedades nunca

organizadas bajo el modelo estatal. De hecho, jamás resultó éste atisbado por la gran mayoría de sociedades que han habitado el planeta. Por ello que el estado comenzará, entonces, a ser visto de modo menos natural y, por ello, más necesitado de justificación. Actualmente se consideran “estados fallidos” aquellos que no tienen el control ni son capaces de imponer su autoridad gubernamental y administrativa sobre la totalidad de su territorio, con significativos ejemplos en el África negra o Mesoamérica (léanse buena parte del colosal México, Eritrea, Libia o la costa somalí del Índico).

Común y previo paradigma a la convergencia, necesariamente multidisciplinar, que aborda la génesis del proceso que polarizó la sociedad hace milenios, el Evolucionismo sentó las bases de una fase investigadora inicialmente especulativa y de corte positivista e historicista. Interpretación científica entonces aun sujeta al severo tamiz eclesial que, hasta el siglo XVII, incluso otorgaba fecha exacta a la creación del mundo en el año 4004 a.n.e. El propio Hobbes contempla un momento decisivo en el devenir de nuestra fraticida especie que la orienta, quizás por infusa sapiencia, al sacrificio de un elevado porcentaje de libertad individual en el abrazo de la, supuestamente, más adecuada vía resolutoria de conflictos. Tal razonamiento sintetiza lo que se vino a definir como teorías voluntaristas. Pero el “salvaje” o “primitivo” se halla muy lejos de ser la criatura libre y despreocupada dibujada por la imaginación del ilustrado francés Rousseau en el siglo de las luces. Es, por el contrario, un individuo cercado por costumbres tribales encadenadas a tradiciones inmemoriales. En base a ello, la vía funcionalista concebirá la incorporación institucional de todo objeto, actividad o símbolo en sociedades no productoras. La especialización ocupacional desarrollaría una política de integración que unió a una serie de comunidades, antes autónomas, en una entidad aglutinadora de mayor calado y carácter estatal.

A finales del siglo XIX Engels instauró la escuela de pensamiento proporcionada por el materialismo histórico, como fueron redefinidos tiempo después los postulados historiográficos marxistas. Aproximaciones teóricas que, no pocas ocasiones, parecen haber experimentado en primerísima persona la idílica sociedad pre-estatal que recrean. Poblaciones entre las que reinarían paz, armonía, igualdad, solidaridad y justicia social y económica. En definitiva, todo inmejorable hasta el advenimiento e instrumentalizada irrupción de ciertas innovaciones técnicas que alteraron los medios de producción, originando, con ello, la propiedad de tierras y bestias, fuente esencial y primigenia de riqueza. Privada propiedad a la que se añadió, no mucho tiempo después, la de otros semejantes. Los primeros humanos que vivirán en esclavitud. La transformación de los medios productivos habría propiciado, para el materialismo, la aparición de clases sociales rebrotando, en consecuencia, la consiguiente lucha entre éstas. Y con ello desigualdad, desorden generalizado y amenaza de destrucción. La creación del estado, como organismo

especializado encargado de mantener el orden, se pondría al servicio del ejercicio del poder. Un creciente poder político paulatinamente convertido en versátil instrumento subyugador de la clase dominante o explotadora.

Con honrosas excepciones en la escuela antiautoritaria o utópica, con Proudhon a la cabeza, el socialismo decimonónico se aferró, en buena medida, a la idea de que el estado era (en su condición de única entidad con poder y fuerza necesarios para imponerse a las oligárquicas clases poseedoras) el medio de garantizar y preservar la justicia social. Para entonces la historia había demostrado con creces lo contrario. El utópico francés irrumpiría entre la intelectualidad europea, a pesar de su perpetuamente humilde condición, con su obra de 1840 *¿Qué es la propiedad?*, con una negación exhaustiva de ésta que la convirtió en una bomba literaria. Distingue, ya en los primeros capítulos, entre propiedad y posesión, refiriendo la primera el derecho que se tiene sobre algo y la segunda el uso que se hace de ello. La propiedad será para Proudhon un asunto de derecho mientras que la posesión es un asunto de hecho. Un individuo puede ser propietario, por ejemplo, de una porción de tierra y abstenerse de cultivarla, por lo que no puede decirse propiamente que la posea. Puede, sin embargo, permitir que otra persona la cultive, convirtiéndose ésta en poseedora que no en propietaria. Distinciones, en cualquier caso, de relevantes implicaciones históricas posteriores.

Reconstruir la organización política de sociedades pretéritas es parte fundamental en las investigaciones acometidas por la arqueología prehistórica, disciplina en la que, dicho sea de paso, no suele resultar sencillo establecer conclusiones. Los métodos de levantamiento, clasificación, análisis, sistematización informativa, interpretación y presentación divulgativa de los datos se hallan ineludible, y estrechamente, vinculados al previo esquema interpretativo de cada investigador. Esto es, sus convicciones ideológicas, condición u origen cultural o étnico. Sus experiencias vitales e incluso su representatividad en el seno de la comunidad científica. Es, por ello, poco menos que falaz hablar de investigaciones asépticas garantes de imparcialidad en casi ninguna cuestión.

Procesos de descolonización y “modernización” de “Sociedades Primitivas” han ido sustituyendo al sujeto externo como principal objeto de estudio de la antropología. El último tercio del siglo XIX acontece el apogeo del imperialista expansionismo colonial ultramarino europeo, reflejo de un etnocéntrico pensamiento cargado, en el mejor de los casos, de condescendientes miradas a una especie de “infancia asalvajada” de la humanidad. Tan primitiva y exótica como “decorativa” y, por ello, susceptible de ser exhibida. Contemplada por curiosos, como una especie más, tras los barrotes de una casa de fieras, que era el nombre que solían recibir en esa época los zoos europeos. Y, en su conceptualización de objeto etnográfico, incluso disecada en el interior de una vitrina acristalada. Ambas prácticas

en vigor hasta bien entrada la pasada centuria en ciudades norteeuropeas. Diferencias culturales para la racista antropología decimonónica radicadas en base a un supuesto grado de progreso cultural o tecnológico. Esquema establecido por Morgan desde el Salvajismo a la Barbarie y de ésta a la Civilización, que asociaba a bandas cazadoras recolectoras la primera de las categorías, a incipientes agricultores la segunda y a organizaciones sociales urbanas o protourbanas de carácter estatal la tercera. Exposiciones coloniales ponían de manifiesto una supuesta superioridad racial alentada desde tribunas por políticos como el ministro francés Gobineau, en su “Discurso sobre la desigualdad de las razas”. Certámenes en los que tendía a reconstruirse el hábitat original de pueblos colonizados. Terminología investigadora que, coincidiendo con el apogeo del paradigma difusionista, acuña conceptos como “nativo”, “primitivo”, “bárbaro”, “salvaje”, “civilizado” o “ibero-latinoamericano”.

Morgan centraría su interés en la evolución social de la familia. Ello desde una supuesta promiscuidad original de la sociedad hasta una monogamia propia de la sociedad “civilizada”. Obviamente tal esquema resultó hace décadas desmontado, aunque ciertamente, el hecho de que Engels adoptará su concepto de “Sociedad Antigua” en su obra “El origen de la Familia, la Propiedad Privada y el Estado” convirtió a Morgan en un clásico. El difusionismo señalará la importancia de la difusión de ciertos, relevantes, aspectos culturales. Ello para explicar el paralelismo de muchos de los fenómenos en sociedades geográfica y/o cronológicamente alejadas entre sí.

A finales del XIX Lubbock habló del gran salto que da la humanidad en el período aquí objeto de análisis. Desde los años treinta del siglo XX, antropólogos anglosajones, como Gordon Childe, Steward o Leslie White, enfatizaron el interés de la investigación por entender la evolución organizativa de las sociedades prehistóricas en relación a aspectos ambientales. Cuestiones como el potencial y las limitaciones del medio unidas a factores enteramente culturales, como la difusión y convergencia de ideas o innovaciones. Conflictos por recursos, organización de trabajos hidráulicos y presión demográfica constituirán, a tal efecto, la fundamental tríada causal en que, en mayor o menor medida, hará radicar la investigación el paso de un estadio a otro.

Durkheim, padre de la sociología francesa, acentuó la interdependencia de todos los fenómenos sociales por los que cualquier hecho debía ser estudiado teniendo en cuenta todos los demás. A finales de los setenta el evolucionismo cultural como paradigma fue relevado por la Teoría de los Sistemas. Para estudiar una determinada sociedad se la considerará entidad integradora de diferentes subsistemas a analizar de modo independiente pero interrelacionado.

Desde mediados de los años ochenta a la actualidad otras escuelas han enfatizado factores simbólicos y procesos cognitivos necesarios para entender los efectos de las acciones sociales del pasado. Junto a un postprocesualismo netamente anglosajón, propuestas anarcoprimitivistas, animalistas o ecologistas, de autores como John Zerzan, otorgan a la división del trabajo la postrera responsabilidad en los principales y eternos males de nuestra decadente sociedad. Todo proyecto antiautoritario debería, por tanto, tener como horizonte cierto regreso a la naturaleza como forma de quebrar con garantía tal disposición. Punto de partida a que las sociedades humanas volvieran a sentirse parte orgánica y simbiótica del entorno natural, percibiéndose todo ataque al mismo como autoagresión. Conviene, no obstante, subrayar que la idealizada percepción romántica de “sociedades primitivas” obstaculiza, acaso desenfoca, la formulación de estrategias de resistencia a modernización, tecnificación o progreso mal entendido. A éste respecto el antiespecismo considera la lucha por la libertad parcial si con ella no se quiebra la barrera de la especie. Veganismo entendido como un acto de Justicia Social necesaria consecuencia del abierto posicionamiento contra la explotación animal.

El poder político no constituye una necesidad inherente a la naturaleza humana, si a la vida social. La implicación de la historia oficial sintetiza agónicamente lo que no pocas investigaciones traslucen en pos de la domesticación educativa desde la enseñanza primaria: es imposible pensar la sociedad sin estado, pues tal estadio es destino natural y necesario de toda sociedad civilizada. La institucionalización del estado moderno aparece ligada al concepto “nación”, por ende, al de ciudadanía y a la división de poderes como garantía de mantenimiento de supuestos derechos y obligaciones. El Estado otorga y garantiza derechos además de decidir sobre la propia naturaleza de éstos, imponiéndolos o revocándolos gracias al monopolio de la fuerza que ejerce. Así, proporciona “seguridad” de cara al mantenimiento de la “paz social”, detectando y neutralizando lo, supuestamente, pernicioso para la colectividad. La democracia, sobre todo liberal, tiende a regular y legislar todo, a abarcar el mayor número de aspectos vitales posible. Y ello adoptando, generalmente, patrones economicistas que posibiliten hacerse autónomo al capitalismo. De tal modo, éste se convierte en factor clave cuando antes solo era un medio de producción al servicio del estado.

El estado, contemplado como monstruo amedrentador desde Hobbes o Nietzsche, edifica, delimita y prescribe política, economía y relaciones personales cada vez en mayor grado. Con ello perpetuando desigualdades legitimadas por, más o menos, conciencudas bases ideológicas. Se dota de herramientas con que imposibilitar el ejercicio de un librepensamiento supuestamente amparado por éstas, resultando una, cada vez más sofisticada, represión la más notoria de ellas.

La industrialización constituyó el arranque de un deterioro ambiental consolidándose en el siglo XX un paradigma liberal democrático definitivamente victorioso tras desbancar, en 1989, al socialista-comunista. La organización social es diseñada para principal provecho y favor de la clase propietaria. En la original democracia ateniense solo varones propietarios con derecho decisorio ostentaban un poder extensible a sus posesiones, entre las que no faltaban otros humanos. Mandaban y obedecían, únicamente, tratándose como hombres libres entre sí. Uno de los deberes de esa democracia era proteger al estado y “poder del demos” referiría, en definitiva, una minoría de notables o prohombres próximos a la nobleza. Matiz elitista mantenido hasta la actualidad en base a una tecnócrata pseudo intelectualidad entre otros.

Del liderazgo a una nueva forma de poder: La Autoridad

De Bandas, Grupos, Tribus y Clanes a Familias, Jefaturas, Cacicazgos y Estado

Probablemente mediante cambios poco perceptibles en el equilibrio redistributivo de una generación a la siguiente, la humanidad fue comprometiéndose con una forma de vida social en que la mayoría quedaba supeditada en nombre de la exaltación de una minoría.

Las dosis de violencia presentes en los mecanismos de resolución de conflictos de las sociedades cazadoras recolectoras resultan, aun otorgando a éstos el rango de guerra en las mismas, netamente rebasadas con el advenimiento de un sedentarismo que anticipa, en pocos milenios, el Estado como modelo organizativo hoy predominante de la sociedad. Modelo que ya entonces traerá, incluso, la creación de un cuerpo especializado en el uso y monopolio de la violencia. Y ello en su propio beneficio resultando, precisamente, dicho monopolio una de las características definitorias del propio Estado. A cambio de la expropiación de excedente productivo, teocráticas élites procuran “protección” al resto de la población de una determinada comunidad, generalmente constituida por un asentamiento central y otros subsidiarios en fase avanzada del proceso en cuestión.

Como las primigenias sociedades neolíticas, los cazadores recolectores paleolíticos no reconocen la jerarquía, al menos en su concepción estratificadora de la sociedad. El rastreo de las mismas nos conduce, por antropología comparada, a escasos, raramente no contaminados por el globalizador primer mundo, grupos culturales indígenas, como aborígenes australianos que, con categoría de cazadores recolectores, sobreviven en el planeta. Los clanes cuentan con consejos de individuos experimentados que, intensificadamente con el advenimiento del Neolítico, imparten justicia dirimiendo en los crecientes conflictos. Sociedades paleolíticas que no contemplaban sino un “liderazgo

natural” basado en la adquisición de responsabilidades de corta duración para con el grupo, como puede ser dirigir cacerías. También un liderazgo moral, por supuesto temporal y sustituible, basado en la sabiduría del personaje que lo ejerce.

Sin leyes escritas, la tradición oral y el consenso grupal constituyen la base resolutive de conflictos. Con frecuencia los matrimonios exogámicos son un medio de resolver, cuando menos amortiguar, tensiones intergrupales. El liderazgo se sustenta en la inteligencia y capacidad de persuasión del líder, ya que decisiones erróneas o no secundadas por el grupo precipitarían un efímero control de éste. Con frecuencia los miembros del clan dejan su destino en manos del más apto en cada caso y de forma provisional. Liderazgo con compromiso de mediar en cualquier conflicto, dentro o fuera de la comunidad, y asignar o repartir determinadas tareas quedando fuera de su influencia esferas como la mágico-religiosa, ejercida a tiempo parcial por una figura más relevante y, por temida, respetada que el propio jefe: el brujo o chamán. Personaje, indistintamente femenino o masculino, con labor intermediadora con el otro mundo a través de los sueños, las bandas perfilan desde finales del Paleolítico Medio (en torno a 100.000 años a.n.e) ésta enigmática figura. La única capacitada para guiar a la colectividad en la comprensión o significado de ciertos fenómenos naturales y su carácter cíclico. Cuestión de suma trascendencia en la postrera irrupción agraria y ganadera, primero complementando y después para reemplazar, casi por completo según el caso, la actividad cinegética.

La estructura social de las comunidades cazadoras-recolectoras se rige por un principio de reciprocidad, circunstancia palpable en el derecho positivo de costumbre, no de Ley, vigente aún en sociedades tribales. Obligado a ejercer tan pronto surja la necesidad, el mago recibe como estipendio pequeñas ofrendas a menudo incorporadas en los procedimientos del ritual. Sin embargo, la verdadera recompensa radica en el prestigio social que su exclusiva posición le confiere.

Con una antigüedad superior a tres millones de años, las bandas son la primera e, indudablemente, más duradera forma de organización social humana que se conoce. La única común a todas las especies del género homo que han pisado la faz del planeta. Desde hace en torno a 12.000 años, la única superviviente, el sapiens, inició el desarrollo de otros sistemas a partir de un aumento de la complejidad estructural, medioambientalmente determinado, basado en organización del poblamiento y aprovechamiento de los recursos del medio. En ocho milenios la población humana sobre el planeta pasará de tres a un centenar de millones de individuos.

Constituidas por agrupación de núcleos familiares y con un carácter netamente flexible en su composición, las bandas son formaciones humanas con carácter nómada que oscilan entre

media docena y un centenar de individuos. El aprovechamiento agropecuario incluye caza, recolección de frutos secos, pesca o marisqueo. Clanes en permanente adaptación en pos de una supervivencia nunca garantizada en el inexorable y hostil entorno salvaje que habitan.

El concepto de “rango social” adquiere, con la paulatina domesticación del mundo, nuevas lecturas, constituyéndose sociedades piramidales, inicialmente de cúspide inestable que, con el tiempo, potencian su carácter hereditario. El poder político reorganizará desde entonces la economía, sucediendo rara vez lo contrario. En cierto momento, el sedentario entiende que puede obtener lo que desee de otros en base al aprovisionamiento particular y la acumulación de bienes, algo impensable para el nómada. Patrimonio transferible a descendientes que engrosen el prestigio de una incipiente stirpe familiar.

La estructuración en clanes totémicos, subclanes de carácter local o comunidades de poblado se caracteriza por la presencia de un sistema de servicios y deberes recíprocos. Los grupos inmersos desarrollan un juego de dar y tomar, no radicando en el individuo la unidad, sino en el grupo en que éste se integra como parte raramente individualizada. Derecho primitivo no equiparable a un corpus normativo unificado y homogéneo. Ser miembro de un clan, o subclan, implicará unidad de parentesco en base a un sacralizado antepasado común, habitual objeto de culto. También derechos comunes y exigencias cooperativas en actividades económicas y ceremoniales. La unidad de intereses, actividades y, lógicamente, sentimientos, es subrayada por la mitología del clan, cuya unidad domina todas las esferas en las embriagadoras fases ceremoniales de la vida nativa.

Como las bandas, las sociedades tribales resultan eminentemente igualitarias, aunque, a menudo, pueden dejar entrever atisbos de un estatus fundamentado en prestigio social. Son organizaciones de mayor calado que agrupan más familias extensas con cabeza política en un jefe, anciano, o conjunto de ellos al frente de la comunidad. La organización tribal puede tender, por consolidación poblacional, al sedentarismo, pero también a agrupar varias bandas de una determinada región con ascendente y ritual común. El Neolítico atestiguará una novedosa adquisición de prestigio basada en capacidades redistributivas, así como un control del medio que, por descontado, implicará control social. Los derechos del jefe sobre individuos particulares, los del marido sobre la mujer, o los del padre sobre el hijo, y viceversa, no son ejercidos arbitrariamente. Se hallan, por el contrario, sometidos a reglas bien definidas dispuestas en cadenas compensadas de servicios recíprocos. En cierto modo, la tribu somete al jefe a una estricta vigilancia, siendo éste reo de un espacio del que solo ella puede permitirle salir. Aun así, puede existir un jefe que haga prevalecer sus propios deseos al servicio prestado en interés del grupo. No obstante, muy escasos resultan al principio del proceso los autoerigidos en situación de transgredir la ley de la sociedad primitiva: “no eres más que los demás”. Excepciones frecuentemente asociadas a la guerra.

La preparación y conducción de expediciones militares otorga al jefe un ejercicio de autoridad basado en su competencia técnica de guerrero. No hay rey en la tribu, solo un jefe que no es comandante permanente ni jefe de estado absoluto, careciendo de poder alguno de coerción para con una comunidad que no le debe neta obediencia. El espacio del liderazgo no es, por tanto, lugar del poder, por lo que la figura del jefe tribal no necesariamente anticipa la del futuro déspota. Como deudor de riquezas y mensajes no traduce otra cosa que su dependencia en relación al grupo.

La ideología y cosmovisión en torno a la figura del jefe se fragua en los cacicazgos, que inician una verdadera complejización sociopolítica. Estructuras de poder tentativas y heterogéneas adaptadas a situaciones específicas en cada grupo social, dónde la base de la riqueza rebasará la mera subsistencia por medio de una economía suntuaria con una autoridad legal que, en algún momento, será capaz de quebrar la autoridad moral. Paralelos etnográficos con sociedades indígenas supervivientes a la contemporaneidad, demuestran que las culturas nómadas dedicaban poco tiempo a lo que llamamos "trabajo", circunstancia que, sin embargo, raramente les llevaba a morir de inanición. En consecuencia, extraemos que la economía de subsistencia de muchas sociedades referidas resultaba compatible a la limitación considerable del tiempo dedicado a las actividades productivas. Indudablemente la idea de economía de subsistencia subyace, con inusitada frecuencia, a juicios de valor sobre sociedades así catalogadas, quizás a la ligera. Pero no solo existen sociedades sin estado, también sociedades sin poder. Poder ligado a la dominación que tradicionalmente se imprime en forma de característica relación social de orden-obediencia. Poseer bienes determinará qué podemos hacer u obtener de los demás y cuando los jefes obran buenas decisiones para la comunidad los que se benefician de éstas pueden ofrendarle presentes. Aun necesariamente rutinaria y disciplinada, la seguridad otorgada por una vida sedentaria dedicada al trabajo tendrá un enorme poder de seducción hace milenios. Los nómadas tienden a luchar contra los peligros de la naturaleza adaptándose al entorno, lo que cambia con la sedentarización. Disminuir penurias vitales requiere previsión y si no se cuenta con esenciales reservas, si la caprichosa naturaleza deja de ser generosa se sufre carestía, viviendo los sedentarios rodeados de provisiones y utensilios poseídos en propiedad. Y ello en la trascendental irrupción de la familia en sustitución del grupo como núcleo básico de la sociedad. Para el nómada preneolítico cruzarse con otros semejantes significa fundamentalmente oportunidad, lo que, por regla general, arraiga un ponderado sentido de hospitalidad.

Antecedente de las primeras ciudades estado alumbradas en el creciente fértil mesopotámico hace más de 6000 años, las jefaturas son sociedades de mayor complejidad estructural y número de integrantes que bandas y tribus. Organizaciones centralizadas de

carácter redistributivo con una jerarquía plenamente identificable basada en el prestigio otorgado por novedosas circunstancias. El jefe se rodea de guardia militar, organiza fiestas y dictamina en litigios, asociándose a la divinidad como principal vía de legitimar su condición. Aun así, ha de someterse a una normativa fija a la que se haya ligado por rigurosos vínculos legales ancestralmente estipulados por un derecho de costumbre aún no escrito.

Para que exista estado resulta necesaria una precedente división de la sociedad en estratos antagonistas ligados por relaciones de explotación. Opresiva imposición que, sostenida en el empleo de la fuerza, es ejercida por una entidad que monopoliza en su beneficio la violencia física legítima. Cuando la actividad productiva se convierte en trabajo alienado, por cuenta ajena, contabilizado e impuesto por los que se aprovechan de los frutos de éste, se presenta una sociedad seccionada en dominadores y dominados. Definitiva división, fundamento de todas las demás, incluida la del trabajo, que brota de una incipiente disposición social piramidal. Base y cúspide consolidan la ruptura política entre detentadores de fuerza, guerrera o religiosa, y sometidos a ésta. Derivación de la política será la variable económica, determinando el surgimiento del Estado la aparición de estratos sociales que en un, aún lejano, futuro adquieren carácter estamental. Estamentos definitivamente convertidos en clases sociales con el advenimiento de la Revolución Industrial.

Como unidad política autónoma, el estado abarca muchas comunidades dentro de su territorio. Constituye un sistema gubernativo centralizado con poder recaudatorio y movilizador de contingentes humanos para el trabajo o la guerra. Además, decreta y hace cumplir sus propias leyes. Un notable aumento demográfico propició que los poblados dejaran de ser abandonados para buscar pareja. La ponderación de una economía agraria o ganadera hizo necesaria la posesión y el trabajo de la tierra. Conocimientos de álgebra y geometría permitirán parcelar el suelo a agricultores sumerios desde inicios del cuarto milenio antes de la era. Parcelas de labor que se compraban, vendían o arrendaban, quedando esas transacciones recogidas en tablillas de barro impresas con pictogramas o signos cuneiformes. Signos ideográficos que inicialmente representan objetos o ideas, esquematizándose progresivamente hasta representar sonidos o fonemas. En los albores de la historia los humanos plasman en piedra, arcilla o papiro, una tradición oral otrora custodiada, acrecentada y transmitida (mediante relatos, cánticos o letanías), por chamanes, magos, brujos o ancianos de la tribu o el clan. Mujeres u hombres custodios de cosmogonías, leyendas, mitos fundacionales, ritos, costumbres, normativas o tabúes de su comunidad. Tan revolucionaria innovación como dibujar el sonido permanecería, sin embargo, largo tiempo confinada a un alto funcionariado integrado por escribas, generales o dignatarios al servicio del poder regio. Innovación como fundamento de coerción, si entendemos que el poder

político se desarrolla tanto más cuanto la innovación es más importante, su ritmo más extenso o su alcance más dilatado.

Desde las primeras urbes adoquinadas proyectadas sobre plano de la historia los reyes sumerios se vinculan a una profesionalizada casta sacerdotal a tiempo completo, utilizando el más sobrecogedor e imponente edificio de la antigua aldea ahora convertida en ciudad. Palacio-templo como primer centro redistribuidor de excedente agrícola en forma de zigurat. Monumental construcción escalonada de adobe que inspira la bíblica torre de Babel que aparece en el Antiguo Testamento hebraico.

Un carácter propio de organizaciones sociales fuertemente jerarquizadas será el instrumento religioso. La religión asegura control y cohesión social, por lo que los primeros reyes no dudaron en entroncarse dinásticamente con la divinidad o, incluso, erigirse en dioses divinizando su propia condición. Así, la voluntad divina justificaba un desequilibrio social en base al ancestral sometimiento del débil. Eterna subyugación puesta de manifiesto con la aparición de propiedad, trabajo por cuenta ajena y postrera esclavitud, o propiedad de otros semejantes. Presentándose como dios viviente, descendiente de la divinidad o alto sacerdote, el monarca es a menudo un gobernante teocrático. Lo es en base a un frecuente despotismo agrario que mantiene la religión celosamente integrada en su fructífero sistema de poder. La nueva religión panteísta se erige en instrumento legitimador de una incipiente jerarquización social que, tras el Neolítico, alumbró los primeros imperios despóticos próximo orientales o las refinadas culturas marítimas y palaciales del Egeo (que superponen los horizontes arqueológicos cicládico, minoico y micénico-heládico entre el 3.000 y el 1.100 a.n.e aproximadamente). También buen número de incipientes ciudades estado portuarias con vocación comercial, a menudo colonialista, asentadas en las costas del Mediterráneo Oriental.

Una forma de astrología denominada judiciaria probablemente precedió a la horoscópica con objeto de predecir, basándose en la observación de fenómenos meteorológicos y celestes, el futuro del rey o el país en lo referente a cosechas, inundaciones o invasiones, práctica documentada en la Baja Mesopotamia desde época de Sargón de Akad, hacia 2.400 a.n.e. En la China del emperador Yao, hacia 2.250 a.n.e, fue determinada la sistematización de solsticios y equinoccios, fijándose las estaciones para que los campesinos conocieran fechas idóneas de siembras y recolecciones. En 2013 fue hallado en Aberdeen (Escocia) el más vetusto calendario del que hay noticia. Hoyos alineados con 10.000 años de antigüedad que imitan fases lunares permitiendo determinar tanto el tránsito estacional como el solsticio lunar. Tal instrumento habría permitido prever con mayor exactitud cambios estacionales y periódicas migraciones de grandes herbívoros a cazadores recolectores neolíticos.

El aumento demográfico resultó factor decisivo en el desarrollo de una nueva organización en el área mesopotámica. La de un poder secular que emergió a inicios del tercer milenio en incipientes nuevas ciudades. Urbes unidas en inestables confederaciones, pero periódicamente consolidadas en estados nacionales como instrumento que permitirá a una clase dominante ejercer una dominación cruenta y voraz sobre el estrato dominado. El incremento de tamaño de las comunidades implicó cambios en los mecanismos organizativos con la aparición de formas institucionales de integración social completamente nuevas. Aun así, dista mucho de haber sido aclarada la forma en que se desintegró el clan comunitario para hacer sitio a la propiedad individual del suelo. Cada nueva conquista conllevó, a buen seguro, un nuevo derecho con objeto de justificar y conferir fuerza legal a la expropiación. A la justificación moral se une la necesidad de la casta dominante de asegurar jurídicamente sus conquistas.

El papel de la actividad bélica resulta una cuestión no poco analizada, aunque nunca enteramente satisfecha por la investigación. Una guerra no necesariamente ha de contar con el objetivo primordial de ocupar tierras de los vencidos, en un proceso de expansión territorial. Por el contrario, sí favorece siempre la reafirmación del status social de los dirigentes, desempeñando un relevante papel en el sostenimiento del sistema gubernativo imperante. El antropólogo Marvin Harris asocia este concepto a la escasez o abundancia de recursos. Hoy no suelen ampliarse los patrimonios por guerras de conquista territorial, pero a pesar del cambio en métodos y formas, éstas siguen siendo necesarias al igual que una “modernizada”, más que patente, esclavitud.

A Hebert Spencer se atribuye el primer análisis pormenorizado de la función de la guerra en el surgimiento del estado. Factor causal de gran relevancia, pero indudablemente, no el único, pues no únicamente se circunscribe ésta a sistemas estatales. No siempre un grupo, tribu o bando derrotado es expulsado de su territorio y/o sometido a tributos. Por otra parte, individuos que desarrollaron su posición social en base a méritos bélicos pasaron, a menudo, a engrosar, junto al gobernante y sus parientes, el inicial núcleo de la casta dirigente. Serían los primeros generales. En otro extremo, frecuentemente el segmento social más bajo se constituyó con prisioneros capturados en contiendas, o incluso razzias ex profeso, para su empleo como una mano de obra en que radicaría el surgimiento de la esclavitud a gran escala, cuando menos, 5000 años atrás.

Tradicionalmente se ha tendido a considerar que los primeros conflictos a los que atribuir la entidad de “guerra” acontecen entre incipientes grupos humanos sedentarios. Circunstancia cuestionada por el trabajo, publicado en Nature a inicios de 2016 por investigadores de la Universidad de Cambridge. Dicho trabajo describe un conflicto acaecido a orillas del keniatá lago Turkana hace unos 10.000 años. La investigación del yacimiento de Nataruk, al suroeste

del lago, arrojó evidencias de 27 individuos (hombres, mujeres, niños y hasta un feto en la cavidad abdominal de su madre) de los que, al menos una docena, se hallan en posición original, evidenciando 10 de ellos marcas perimortem como impactos presumiblemente acometidos por proyectiles de flecha. Parece que alguno de ellos habría estado incluso maniatado. Frente a una primera hipótesis valedora de una incursión en busca de recursos territoriales, alimenticios o humanos, una segunda vía explicativa considerará que los condicionantes al encuentro de dos grupos sociales antagónicos no han cambiado tanto desde inicios del holoceno. La disposición de abundantes recursos en torno al lago y en toda el área en la época estudiada lleva al planteamiento de hipótesis necesariamente distintas a las explicadas en base a factores meramente económicos o agropecuarios. Evento efímero, aunque probablemente no inusual en la vida de los últimos grupos de cazadores recolectores pleistocénicos.

La acumulación de bienes o riqueza por parte de jefes u organizadores de estados se incrementa con lo expoliado a los vencidos pretextando la ley del más fuerte. Reconocimiento de privilegios refrendado por la comunidad o, en su defecto, tomado directamente por la jefatura. Producción y fiscalidad pasan al control y dirección de ésta mediante su vigilancia a través de altos funcionarios. Derecho a castigar y de erigirse en tribunal y aplicar condenas figuran entre los atributos detentados por el poder absoluto.

En ocasiones protoestatales jefaturas fuertemente jerarquizadas, tendentes a la constitución de una organización administrativa de carácter protoestatal, pueden ser absorbidas por un estado más poderoso, como históricamente ejemplifican culturas célticas de la Segunda Edad del Hierro europea. Evolucionadas desde una primera fase protagonizada por la paulatina y férrea jerarquización social en principados centroeuropeos, las culturas célticas atlánticas son sometidas e incorporadas a una administración romana que cercena su desarrollo estatal independiente. Ello en el momento en que un notable urbanismo es evidenciado arqueológicamente por docenas de oppida amurallados con varias hectáreas de extensión, neta especialización funcional de poblamientos y hasta dos decenas de miles de habitantes en Hispania y, especialmente, la Galia. Núcleos guerreros de base agraria y pastoril a menudo orientados a una actividad comercial complementada con el pillaje a otros núcleos. Jefaturas protourbanas en las que los clanes siguen teniendo gran peso institucional. Poblados fortificados que ahora explotan vetas de mineral de hierro, incorporando en su fase final perfeccionados talleres metalúrgicos, escritura e incluso acuñación de moneda propia. Aspectos definitorios de una sociedad que puede considerarse plenamente estatal. Una cultura que pervive parcialmente hasta el Medioevo en la céltica atlántica insular, resultando hoy rastreada, con no poca distorsión, en forma de recurrente arte, folclore o iconografía. Otra visión del período referido contempla o incluye a culturas coetáneas rastreables desde

la prehistoria final al Medioevo, como las comunidades sin estado de la montaña vasca. La imposición del estado feudal sustituirá la asamblea popular (Batzarre) por una Junta de elegidos, designados, en base a elitistas criterios sociales por lo general. Para el sistema comunal que ancestralmente gestionaba los recursos resultaba impensable una incipiente privatización del medio natural. La comunidad integra grupos que vivían, o viven, bajo un conjunto igualitario y elegido de reglas. Reglas antitéticas del poder estatal ajenas al sistema económico social y cultural por él organizado. Hasta la llegada de Roma lo que define la extensión geográfica del pueblo vasco son el espacio que ocupaba más el de la influencia ejercida por sus tribus, no la territorialidad como concepto administrativo de notable implicación política posterior. Tras la sustitución de grupos de parentesco como unidad fundamental en aldeas, que desde milenios atrás consolidan un patrón sedentarizador, la territorialidad alumbró un nuevo sistema articulado en la propiedad, a cargo de unidades familiares, de porciones de terreno y animales estabulados. El concepto de vecindad se liga al de barrio, conjunto de varias casas. El pueblo lo forman barrios y varios pueblos conforman el Valle, varios valles son facerías y. Hasta su cristianización, la organización social de los pueblos de la montaña vasca ofrece rasgos, análogos a otros pueblos de Europa occidental, como la pervivencia de comunidades matrifocales con creencias animistas de remoto origen.

La dominación de nuestra sociedad está relacionada con la dominación de la naturaleza.

J. Zerzan (2001:26)

La domesticación del mundo

Paleoecología y estrategias adaptativas

Cientos de miles de años de metódica observación cíclica del mundo natural se hallan, sin lugar a dudas, muy presentes en el origen del pastoreo o, en lugar de su caza, la cría de especies animales para su explotación cárnica, láctea y peletera, así como la domesticación de plantas silvestres en base a la selección y cultivo de sus semillas. Producción agrícola que también prosperó debido al empuje técnico que en Oriente Próximo supuso el desarrollo ingenieril de elaborados sistemas irrigatorios.

El gran cambio medioambiental propiciado por el paso del Pleistoceno al Holoceno, manifestado desde hace algo menos de 15.000 años, parece hoy un factor determinante en el origen y desarrollo del proceso de neolitización. Calentamiento climático que provoca el deshielo de dos terceras partes del casquete polar, con una consiguiente subida del nivel oceánico de hasta 120 metros que concatena apocalípticas inundaciones, tsunamis,

frecuentes lluvias torrenciales y bruscos cambios que alteran el paisaje de muchos lugares de la tierra, reverdeciendo colinas o haciendo brotar cereal. La desaparición de la megafauna herbívora y el avance del bosque en detrimento de pradera, estepa o taiga, son algunas de las principales consecuencias de tan determinante transición climática en Eurasia.

Para la comprensión y análisis de las transformaciones que dieron lugar a la postrera sedentarización resulta necesario conocer el medio ecológico y climático tanto actual como pasado. Los humanos integran, junto a relieve, fauna y mundo vegetal, ecosistemas diversos, propiciando el medio de una determinada región posibilidades y limitaciones a la adaptación humana en ella. Agricultura y vida urbana no constituyen sino muy relevantes estrategias adaptativas. Trascendentales innovaciones adoptadas por comunidades protoneolíticas para enfrentar el aprovechamiento del medio con mayor eficacia. La evolución específica conlleva una especialización que puede conducir a múltiples vías de cambio. Una cultura puede especializarse extraordinariamente en una situación ambiental extrema, desarrollando estrategias productivas para adaptarse a condiciones particulares. No obstante, su huella no suele, por regla general, prosperar demasiado tiempo en el registro arqueológico. Resulta esencial conocer como cambiaron las sociedades prehistóricas a través del tiempo. El final del Pleistoceno constituyó un período de alteraciones relativamente rápidas en el modo de vida de muchas poblaciones ubicadas en el conocido como Creciente Fértil. Desde inicios del Holoceno prolifera la tipología de asentamientos al aire libre constatándose un notorio aumento demográfico.

Factores ecológicos, demográficos y sociales condujeron desde hace, más o menos, 12.000 años, al surgimiento de la producción de alimentos. Primigenias sociedades productoras que eclosionan en virtud al control del medio y sus recursos. Las evidencias arqueológicas actuales indican que no existe ninguna región planetaria dónde domesticación, agraria o pastoril, y postrero urbanismo se desarrollaran antes que en el Próximo Oriente mesopotámico. Ciertamente nuevos descubrimientos en el sureste asiático, norte africano u otros lugares podrían terminar evidenciando otra realidad, no a día de hoy desde luego. Las dos subregiones cruciales en la transformación agrícola son el Levante oriental y el área conformada por los montes Tauros Zagros, restringiéndose el área prístina de aparición de urbanismo a la Baja Mesopotamia, tierra conocida como Sumer.

Para el consumo de cereal silvestre resulta necesaria su molienda para transformarlo en harina. Ello requiere de dos pesadas piedras difícilmente portables, por lo que ciertos grupos comienzan a asentarse junto a éstas, almacenando y conservando en recipientes pétreos agua y alimentos o provisiones.

La domesticación del trigo y la cebada se extenderá desde el creciente fértil a Europa y la India, domesticándose arroz y mijo en China, maíz, patata y pimientos en América o sorgo en África. Con el tiempo los humanos entienden la importancia del agua en la actividad agraria, lo que otorgará indudable solidez al sistema sedentario, e incluso roturan claros en terrenos boscosos dedicados a dicha actividad.

Desde los años sesenta del pasado siglo, estudios polínicos, paleobotánicos, tafonómicos, zoológicos y paleontológicos, han permitido, de mano del desarrollo de métodos de datación radiocarbónica (C14), elaborar detallados enfoques paleoclimáticos de yacimientos neolíticos próximo-orientales. El de Jarmo, al norte del actual Iraq, proporcionó hace décadas muestras carbonizadas de cereal doméstico y sus prototipos silvestres, además de notorias evidencias relativas a la domesticación animal.

Hay mucha documentación histórica sobre prácticas agrícolas, hábitos alimenticios y costumbres culinarias en sociedades con escritura, pero aspectos como la diferenciación entre semillas silvestres y domésticas no resultan cuestión sencilla en la labor arqueológica. Han dado, de hecho, lugar a acaloradas discusiones en el seno de la, a menudo hermética, comunidad científica. Desde los años ochenta del pasado siglo, especialistas en la identificación de plantas, paleoetnobotánicos, acompañan a los arqueólogos en el trabajo de campo, al menos, cuando presupuesto y voluntad institucional lo permiten, levantando, para su análisis en laboratorio, muestras vegetales que contribuyen a conformar el distorsionado y gigantesco puzzle del pasado.

El antropólogo británico Lewis Binford puso acento en factores demográficos en un relevante artículo publicado en 1968, en el que sugiere que en el sedentarismo de la fase pre agrícola se hallaba el origen de una presión poblacional que llevó a la explotación intensiva, y posterior domesticación, de especies animales y vegetales. Las primeras comenzaron a proporcionar proteínas, leche, pieles, lana y/o estiércol unos 9.000 años antes de la era.

Discernir si los animales destinados al consumo de una comunidad eran cazados o criados, resulta primordial objetivo de especialistas en zooarqueología. Estabulación y adopción como mascotas de otro tipo de animales, como gatos, que rondaban los graneros reclamo a su vez de roedores, lo que desembocó en su cría y amansamiento. Domesticado probablemente desde el último tramo del Paleolítico Superior (35.000 a.n.e), el perro fue el primer animal criado y seleccionado en observación a su utilidad por los últimos cazadores del Pleistoceno. Fructífera relación ancestral con los primeros lobos sometidos basada en el desarrollo en éstos de provechosas aptitudes para los humanos. Entre ellas una enorme capacidad de interacción con estos y gran valor como guardián y alerta de un hogar cada vez más estable y permanente. En un principio es frecuente estabular crías de javatos o cabritillos traídos

consigo, tras matar a sus progenitores, por cazadores. Éstos se dan cuenta de que criarlas era contar con reservas permanentes que podían aumentar si se mezclaban machos y hembras entre sí.

El sedentarismo favoreció la posesión y selección de animales para su domesticación. Con el inicio de la cría de animal y la producción de especies vegetales (sembradas, regadas, custodiadas, recolectadas, almacenadas, por campesinos o granjeros, y distribuidas, por la jefatura de turno) la humanidad se autorizó a “apropiarse” de la naturaleza, surgiendo con ello la propiedad privada. La domesticación de plantas, sobre todo cereales (que en algunos lugares del planeta se habían empezado a almacenar en silos y graneros, para un consumo futuro, al crecer con profusión de forma silvestre) generó excedentes que empezaron a ser redistribuidos por una élite basada en la, anteriormente referida, concepción dual jefatura casta sacerdotal, después palacio templo. La cultura como arma de control social determina la jerarquización. Los animales pasan de ser cazados, por ende, observados, respetados y venerados (como reflejan innumerables figuraciones pictóricas y grabados parietales paleolíticos, epipaleolíticos o levantinos), a criarse para su explotación cárnica, ósea y peletera. El toro se transforma en buey, el javalí en cerdo, domesticándose la abeja en Egipto y, en Asia y Oriente Próximo, una cabra salvaje que da lugar al cordero. También la llama en el área andina, el asno en Palestina y las gallinas en el área actualmente ocupada por Pakistán. De, no menos, notoriedad histórica que la citada domesticación del perro, resultará la del caballo en Asia central. Éste poderoso y salvaje herbívoro transformará nuestra percepción de las distancias, cuando menos, 4000 años antes de la era. Lo hace de mano de la invención de la rueda y el carro de tiro. Sin embargo, resultará necesario que transcurran un par de milenios más para que a alguien se le ocurra montarlo, inventándose la equitación. La cría de ganado, que en estado natural es portador de enfermedades infecciosas como gripe, viruela o rubeola, favorecerá la transmisión de éstas a los humanos en probables brotes epidémicos multiplicados por aspectos como la insalubridad que conlleva la repentina concentración de humanos, animales y excrementos, o el consumo de aguas estancadas, en los primeros núcleos urbanos.

Ciertos grupos humanos se ubicarán en un nivel de supremacía respecto al resto de especies. Concepción divergente a una cosmovisión animista, propia de bandas cazadoras recolectoras que ocupan, en su condición humana, solo un lugar más en un vasto e inabarcable reino natural. Mundo regido por espíritus manifestados a través de fenómenos naturales y fuerzas como el trueno, el torrente o la lluvia. Un mundo dónde poderosos animales adquirieren carácter divino, pudiendo ejercer, por mediación del ritual totémico, como “espíritu guía” de la comunidad, en el deseo de ésta de identificación, acaso transmutación, en mamut, león, ciervo, oso cavernario, águila, jaguar, tigre dientes de sable o, incluso, cetáceos. Un mundo

perdido lejos de ser inmejorable en el que los líderes no reconocen privilegios y sí responsabilidades de corta duración. Función entregada por el favor de los experimentados o, simplemente, la necesidad adaptativa de supervivencia, a individuos netamente aptos en un plano u otro (fortaleza física, destreza, pensamiento...). Competencia sellada en forma de autoridad legítimamente intermitente. Por el contrario, la actividad agraria conlleva un mundo más complejo, acaso individual, dónde debe aprenderse a gestionar conflictos a un nivel que ya evidencia extralimitación a consejerías de clanes y vínculos de parentesco.

La invención de la alfarería resulta un aspecto de enorme relevancia en la consolidación de un Neolítico inicialmente a cerámico. La irrupción, en cierto detrimento de la cestería, de tan determinante innovación, propició una revolución menor vinculada, la culinaria. La compleja reparación de piezas quebradas contribuye a llenar de fragmentos cerámicos basureros arqueológicos de casi toda cronología. Las secuencias tipológicas cerámicas son espina dorsal de la arqueología de campo, fundamentando la denominación de horizontes e incluso periodos culturales, convencionalmente designados para su estudio, en base a tediosas clasificaciones tipológicas. En menor, pero no poco relevante, medida, también resultan fundamentales en intervenciones, calificadas generalmente “de urgencia”, de arqueología urbana.

A mediados del VI milenio antes de la era, la práctica totalidad de comunidades mesopotámicas fabrican cerámicas decoradas con técnicas de incisión o pintura. El desarrollo alfarero incidió, de modo indirecto, en los albores de la navegación. Cascarones que, no mucho después, transportaban, por centenares, ánforas y recipientes cerámicos contenedores de variados productos, poniendo en contacto comunidades separadas por cientos, incluso miles, de kilómetros. Comunicaciones e intercambios a larga distancia que, tierra adentro resultaban, por entonces, si cabe más penosas y arriesgadas que a bordo de frágiles paquebotes de cabotaje con velas triangulares o cuadradas. Obstaculizado por infranqueables barreras naturales, el comercio por tierra conllevaba más peligros de asalto, climatología o rotura de piezas, sinónimo de mercancía malograda, que las incipientes expediciones comerciales y exploratorias por vía marítima. Junto a la alfarería resulta destacable la sofisticación del vestuario en base a la invención de telares. Los tejidos solían teñirse con tintes vegetales o colorantes naturales antes de su manufactura, o después, haciendo así aumentar su valor con la dificultad del proceso de teñido.

La consolidación de explotaciones agrarias intensivas que, a menudo, exigen precisas condiciones hidráulicas, se vio frecuentemente acompañada por una incierta tendencia a liberar al jefe del trabajo agrario. Ello le permitiría dedicarse, a tiempo completo, a amplias funciones comunales, seculares o religiosas. Atribuciones menos físicas y sacrificadas, por lo general, que la penosa existencia de un agricultor neolítico en la que el trabajo ocupa más de

la mitad de la jornada. Los miembros de la tribu laboraran entonces, de modo corporativo, los terrenos del jefe, de igual modo que podían acometer la construcción de canales de riego o estructuras defensivas públicas. Sabemos que la vida de los primeros agricultores resultó más penosa que la de los últimos cazadores recolectores. Debió ser algo así como pasar de un “edén”, de caza, pesca y recolección, a convertirse en esclavos. La incipiente estrategia agropecuaria comienza a difundirse, tras el 8.500 a.n.e, a razón de 25 o 30 kilómetros al año. Siempre según el cuestionable, aunque de notable influencia investigadora, modelo explicativo “ola de avance”. Hipótesis formulada por el genetista italiano Cavalli Sforza hace más de treinta años. La aparición de la arqueo-genética en las últimas décadas, ha permitida la utilización del análisis del ADN, molécula portadora de la información genética de los seres vivos, para determinar migraciones humanas.

“Aquel que todo lo ha visto, aquel que ha experimentado todas las sensaciones del júbilo a la desesperación. El que ha recibido la merced de ver dentro del gran misterio, de los lugares secretos, de los días primeros antes del diluvio. Aquel que ha viajado hasta los confines del mundo regresando exhausto pero entero. Aquel que ha grabado sus azañas en estelas de piedra. El que ha vuelto a erigir el sagrado templo y las gruesas murallas de Urúk, ciudad a la que ninguna otra de la tierra puede compararse. Mira sus baluartes brillar como el cobre al sol (...)”.

Extracto del Poema Épico de Gilgamesh (2.800 a.n.e), más antiguo relato escrito de la humanidad hallado hasta la fecha. Autor desconocido.

Del Poblado a la Aldea y de la Ciudad al Estado

Urbanismo como especialización funcional del individuo y jerarquización estratificadora de espacio-territorio

La forma de ocupación del espacio por parte de una comunidad se halla directamente relacionada con sus necesidades socioeconómicas. Una ciudad es una entidad compleja que requiere de arquitectos que diseñen edificios que cumplan diferentes funciones. Investigadores como José Luis Ferollón desmienten incluso que la ciudad surja de una progresiva evolución de la aldea, tal y como se ha pensado tradicionalmente.

La investigación etnoarqueológica (complementada con análisis directos del registro arqueológico local) aplicada en sociedades actuales, destapa relevantes claves en lo que a mecanismos de funcionamiento y movimientos estacionales de refugios y campamentos en bandas y tribus se refiere. En su origen, el urbanismo se halla ligado a una ponderada especialización funcional humana determinadora, más allá del tamaño de un asentamiento o su número de habitantes, de la diferencia entre refugio, campamento, poblado, aldea y

ciudad. La urbe es definida por una intensificación de intercambios a todo nivel entre sus pobladores (artesanos, comerciantes, panaderos, herreros, agricultores, pastores, funcionarios, escribas, militares o curanderos.). El más significativo intercambio fuerza de trabajo, libre o esclava. Especialización funcional que indudablemente fomentará en pocas generaciones la jerarquía. Las comunidades humanas pasan de actor simbólico a factor de impacto netamente destructivo sobre el medio, comenzando desde el período Neolítico a transformar nuestro entorno natural en un dilatado proceso prolongado hasta una actualidad con menos del 10% del área emergida del planeta sin antropizar.

Ejemplos como el enorme recinto amurallado de Jericó (yacimiento precerámico palestino que, con una antigüedad de 10.500 años, es considerado por la tradición bíblica primera ciudad de la historia) o la denominada “cultura natufiense”, con asentamientos concheros salpicados a lo largo la costa palestina, otorgan constancia de hiperespecializados núcleos preurbanos. Asentamientos epipaleolíticos pertenecientes a sociedades plenamente sedentarizadas, pero no productoras, que básicamente mantienen modos de vida anteriores en un medio cambiante. Poblados desarrollados en base a la intensa recolección y almacenamiento de cereal silvestre, en el primer caso (que aporta el recinto defensivo, dotado de gruesas murallas y altas torres de adobe, más antiguo del que se tiene noticia) o una intensificada explotación de recursos marinos en el segundo. El yacimiento de Mallaha, ocupado entre 10 y 8000 años a.n.e por una aldea con centenares de habitantes, cuenta con alguno de los más antiguos ejemplos de arquitectura permanente. Las excavaciones arrojaron útiles zoomorfos de hueso y piedra, así como vasos pétreos con decoración incisa externa. El análisis de ambas regiones arroja una conclusión clara, el sedentarismo es anterior a la producción de alimentos. Producción ocasionalmente consumada en comunidades, previamente sedentarizadas, a través del pastoreo y/o la agricultura. Hacia el octavo milenio la forma predominante de asentamiento será, en esta área geográfica, al aire libre, perviviendo la ocupación estacional de cuevas y abrigos (trogloditismo), por parte de primigenios pastores de áreas tan distantes como el sur de la Península Ibérica, en la actual provincia de Granada.

La distribución geográfica de aldeas pre agrícolas se circunscribe, en principio, a zonas con cierta diversidad ecológica. Yacimientos que muestran como una temprana domesticación solo constituyó, en la mayor parte de casos, un complemento a las actividades habituales, pues la mayor parte recursos seguían procediendo de la caza y la recolección. Constructivamente, la aparición de estructuras habitacionales rectangulares redundará en la especialización pues resultan más fáciles de ampliar o seccionar en habitáculos independientes que las circulares, características de los poblados.

El estudio arqueológico de enclaves de la Mesopotamia norte, datados entre 5.800 y 4.500 años antes de la era, como Hassuna, Samarra o Tell Halaf, aportó rudimentarios útiles agrícolas de irrigación, primigenios ejemplos de arquitectura rectilínea en adobe y bellas producciones cerámicas. También estructuras habitacionales, interpretadas como santuarios-graneros, atestiguándose además el conocimiento, excepcional empleo, de objetos metálicos de cobre.

Eridú, enclave sureño próximo al actual Abu Sahrein desarrollado entre 5.000 y 4.500 años a.n.e, es, según la cosmogonía de los propios sumerios, su más antigua ciudad. Primigenio signo de una civilización que empieza a potenciar su jerarquización social, es la presencia en el yacimiento de un importante templo varias veces reconstruido.

El arqueólogo británico Ian Hodder defiende la referida instauración del sedentarismo precediendo a la propia domesticación. Su investigación, a lo largo de tres décadas, del yacimiento anatolio de Chatal Hoüyük (en la actual Turquía), rastrea una sociedad igualitaria que, desde el séptimo milenio antes de la era, reúne en comunidad varios miles de habitantes. El aprovechamiento agropecuario está estrictamente basado en recursos salvajes, pero existe un protourbanismo sin espacios públicos organizado sin edificios de mayor rango o notoriedad que otros. Un poblamiento que desarrolló un curioso sistema de acceso a las viviendas, construidas con adobe, madera y ramaje, a través del tejado de las mismas. Un asentamiento sin muralla integrado por “casas colmena” que importa obsidiana, mármol y alabastro del Tauro, empleando la alfarería a mano y, en sus postrimerías, cobre y plomo para decoración. Algunas estructuras habitacionales se interpretan como santuarios con evidencias de esbozados altares de cuernos, frescos o cerámicas de figuras femeninas. Enigmáticas representaciones, que analizaremos más adelante, interpretadas como diosas madre sosteniendo serpientes en ambas manos.

Colinas mesopotámicas, conocidas como tells, sepultan, bajo gruesas capas de aluvión fluvial, ciudades milenarias que yacían o yacen aún por descubrir. Núcleos poblacionales milenarios construidos fundamentalmente con adobe o barro cocido al sol. La convulsa historia política de la región ha dificultado enormemente el natural desarrollo de la investigación histórica y arqueológica, impidiendo un mejor y más adecuado conocimiento del origen de la civilización. La última guerra de Iraq presenció, entre otras muchas sanguinolentas irracionalidades, un expolio patrimonial y destrucción arqueológica de irrecuperables consecuencias.

Acontecerá una reorganización del paisaje rural en unidades más pequeñas, a medida que disminuye la porción familiar que, por presión demográfica, redistribuirá el regulo, caudillo o jefe militar. Un poder coercitivo que organiza la autoridad central, acometiendo trabajos

públicos como canales y sistemas de irrigación. Sus campos serán trabajados para él por los aldeanos. En el instante en que los restos del antiguo consejo de notables quedaran anulados e impotentes ante el creciente poder gubernamental, nadie recordaría la época en que ese rey solo había sido un miembro más o menos glorificado de la comunidad. Un integrante cuyo exaltado status se hallaba fundamentado en la benevolencia de conciudadanos y parientes. La vivienda del líder político, hasta ese momento indiferenciada del resto, será ahora la que goce de mejor y más segura ubicación y tierras de labor, para transformarse en poco tiempo en un palacio custodiado por soldados.

El Estado aparece de una lenta mutación de la ciudad, aunque incluso puede existir sin ésta, por ejemplo, si la élite dominante decide alejarse del resto del pueblo. Aglomeraciones protourbanas, alimentadas por agricultores circundantes, centralizarán, en virtud a su supremacía regional, el comercio a larga distancia de mano de rueda y navegación. Innovaciones “civilizadoras” que potencian la difusión de gentes, mercancías y, sobre todo, ideas. Con el Estado surgen impuestos y contribuciones que requieren de un cuerpo militar como garantía de su regulación. También de escribas que plasmen la contabilidad. Un poder centralizado, a la vez juez y acusador, que ejerce una autoridad fiscal tan eficaz en el campo como en la esfera artesana y mercantil, incluidos otros incipientes propietarios no protegidos por prerrogativas especiales. Organizada por una teocracia y administrada por una casta sacerdotal que dice actuar en nombre de la divinidad rige el sistema de poder en Sumer hasta bien entrado el tercer milenio antes de la era.

Generalmente, las aldeas neolíticas del creciente fértil se hallan bajo la jurisdicción de jefes elegidos por la comunidad o nombrados por una autoridad superior. Una “superjefatura” que, en base a la jerarquización espacial del poblamiento, implementa su preponderancia regional desde un núcleo principal que controla asentamientos subsidiarios de menor entidad. Un asentamiento al sur del actual Iraq, Uruk, se convirtió, a inicios del cuarto milenio antes de la era, en una populosa urbe de 40.000 habitantes, probablemente la primera de la historia de esas características. Capital de una especie de imperio, con colonias tan alejadas como las ubicadas al sur de Anatolia, Uruk acogió una planificación territorial a gran escala. También la primera escritura de que hay constancia y la más antigua contabilidad destapada por la arqueología. Tras una prolongación cultural en el período conocido como Dejemdet Nasr, que desde 3200 a.n.e atestigua contactos comerciales con el Egipto predinástico, hacía 2900 la preponderancia de Uruk en la zona comenzó a decaer ante el paulatino empuje de incipientes ciudades estado sureñas. Urbes alumbradas en las riberas de los ríos Tigris y Éufrates y en las marismas del Delta formado entre ambos, cuya unificación dará lugar a un primigenio imperio histórico semita cuya capital (Akkad), “país de las ciudades”, probablemente se asienta bajo la maltrecha Bagdag actual. El dominio acadio

cedió, en la transición del tercer al segundo milenio antes de la era, al expansionismo de otros centros urbanos del norte, fundamentalmente Babilonia. El imperio babilonio alumbrará el derecho, desarrollando la astrología y el sistema esclavista. Varios siglos después, las capitales asirias constituyen una beligerante y expansionista potencia despótica con vocación imperial.

Hay quién hace venir a los sumerios, que se autodenominaban “cabezas negras” de Ki en Gi (“país de cañaverales o palmerales”), también de la India o acaso del Cáucaso, pudiendo su vestimenta de vellón ser, en tal caso, una rémora de su origen caucásico. Iniciado el tercer milenio a.n.e, Ur (de dónde el Antiguo Testamento hace oriundo a Abraham) es la mayor urbe de su tiempo, con una población que rebasa los 150.000 habitantes. Mil años antes, en sus proximidades, se desarrolla el relevante emplazamiento protourbano de El Obeid. Iniciado hacía el 4000 a.n.e, el período Obeid II evidencia empleo de cobre y construcción monumental, conservándose cerámicas fabricadas tanto a mano como a torno.

El dinero no aparece hasta finales del segundo milenio antes de la era. Los sumerios empleaban para compraventas plata en tiras que, dispuestas en espiral, se portaban en ocasiones como brazaletes, cortándose y pesándose mediante balanzas calibradas de carácter zoomorfo (sobre todo representación de ánaes). Unos 10 gramos de plata permitían adquirir, según la temporada, hasta una tonelada de cereal. La moneda se generaliza en algunos circuitos a inicios del primer milenio. Las ciudades acuñaran sus emblemas y mitologías grabándolos en soportes de diversa aleación. Aun así, es concluido el empleo de oro en transacciones desde hace, al menos, 6000 años.

Drástica o progresiva, la modificación de estrategias subsistenciales y formas de organización consolidó la aldea agrícola como más efectiva unidad económica mesopotámica desde el 4000 a.n.e. El coetáneo arranque de Uruk I asiste a la invención del torno de alfarero y la vela, multiplicándose las construcciones. Son algunas de las ulteriores circunstancias que desembocan en el inicio oficial de la historia, al incorporar esta sociedad tablillas de arcilla con signos ideográficos que, fundamentalmente, fijaban por escrito transacciones comerciales hacía 3.700 a.n.e. Existirá una escritura protocuneiforme, hallada en Surupak (urbe dónde surge el mito del Diluvio Universal) y la propia Uruk. Escritura quizás como invención sacerdotal alumbrada como necesidad de tipo económico. Aún ignoramos el significado de buen número de vocablos. El poema de Gilgamesh es del nivel literario de las obras clásicas de Homero, de muchos siglos después, constituyendo la más antigua narración escrita destapada por la arqueología. Recientes hallazgos en el área balcánica de Europa oriental podrían hacer dos milenios más antigua la posible escritura alumbrada en la intervención arqueológica del yacimiento emplazado en las proximidades de la localidad de Vinza.

La aparición de formas nuevas de integración institucional hizo de la transformación urbana un proceso esencial en la historia de la humanidad. Ciudades como centros expansivos de alta densidad demográfica y habitual compartimentación en barrios. A la considerable población se añade su diversificación en muchas actividades. La presencia de arquitectura monumental evidencia la puesta en marcha de mecanismos organizativos tendentes al control de grandes contingentes poblacionales, dando constancia de artesanos especializados y necesario excedente con que sufragar tan colosales trabajos. Los excedentes alimentarios procedentes del segmento social productivo han de ser, por tanto, acumulados para mantener a los artesanos, los comerciantes y la élite. Tareas asumidas por la comunidad del templo en las primeras ciudades mesopotámicas. Una creciente notoriedad de la actividad comercial traerá consecuencias relativas a una implantación de instituciones reguladoras. Su administración por parte de la sancionadora élite del templo da cuenta de la eterna división entre ricos y pobres, cuando menos hace 6.500 años.

En la ciudad convergen ideas, orígenes y lenguas distintas. Mercados donde la diversidad de objetos procedentes de lugares lejanos es manifiesta. Y no solo útiles sino objetos, sustancias o servicios con la sola utilidad del placer. Placer del gusto, del olfato. Se inventan oficios como la prostitución, pues todo resulta ya susceptible de ser comprado o vendido en transacciones comerciales registradas gracias a la más relevante y decisiva innovación: la de “dibujar los sonidos”. También aparece la cirugía, que es algo más que la administración terapéutica de plantas beneficiosas contra afecciones de la salud. Administración que comienza, tímidamente, a escapar de la esfera mágico religiosa en que antes se hallaba imbricada.

La lenta instauración de conceptos como propiedad o frontera manifestaran el protagonismo de esenciales mecanismos reguladores. La transformación urbana en la Baja Mesopotamia contemplara tres estadios genéricos caracterizados por la aparición de ciudades templo, ciudades estado y, finalmente, estados nacionales. Muchos elementos estructurales de la religión sumeria integraron el entramado mitológico de sociedades posteriores. Aspecto netamente ejemplificado en el diluvio universal. El templo centra una economía redistributiva enmarcada en rituales de regeneración y doctrinas de orden. Pronto, sus administradores comenzaron a permitirse aconsejar, luego dictar, al campesinado sobre los trabajos agrícolas. De esto a adoptar medidas de control del agua e iniciar empresas corporativas que recompensaban a los grupos de población que colaboraban en sus actividades, medio un estrecho lapso. De acuerdo con su papel central en la economía redistributiva, el templo se convirtió en el monumento arquitectónico que dominaba la ciudad. En tanto que epicentro de innovaciones organizativas y tecnológicas, sus

administradores pasaron a detentar el poder político y económico. Un poder cuyo aumento apartó a la élite, afincada en la referida comunidad-templo, del resto de la ciudad.

El poder absoluto corrompe de un modo absoluto.

Karl A. Wittfogel (1963)

Sociedades Segmentarias Metalúrgicas en la “Edad de la Madera”

El incremento de hostilidades militares documentado en una intensificada tarea constructiva de fortificaciones en Eurasia desde el Calcolítico y Bronce Inicial (3.000-2.500 a.n.e), pone de manifiesto la creciente necesidad de útiles bélicos de metal, en los que algunos autores han querido ver, de modo no poco sensacionalista en ocasiones, la primera arma de destrucción masiva de la historia, el postrero hierro. Útiles, los referidos, que comienzan a tener una función específica y concreta, la violencia, sustituyendo a aquellos destinados a labores cotidianas ocasional o coyunturalmente empleados también con este fin.

La creciente costumbre de depositar objetos metálicos en forma de ajuar guerrero, como indicador de prestigio en enterramientos de jefes militares, también incrementó paulatinamente su demanda suntuaria, favoreciendo los intercambios externos el avance y consolidación de innovaciones esenciales como la cerámica, que desplaza a la portátil cestería paleolítica, la rueda, la vela cuadrada o el carro de tiro. Intercambios materiales e ideas que aceleran progresivamente su velocidad de difusión, de la mano de una revolucionaria innovación, la metalurgia, que no desplaza, sin embargo, el utillaje agrícola pétreo hasta bien entrada la era cristiana en la mayor parte de Europa.

La Edad de los Metales aglutina el último período de la prehistoria. En buena medida, solapa sociedades históricas a pueblos ágrafos en lo que se vino a llamar protohistoria. La posesión de útiles metálicos resulta escasa a inicios de la Edad del Bronce, funcionando más como bien de prestigio incorporado al ajuar guerrero de precaballeros (los pocos con prebendas para darse el lujo de poseer un caballo), lugartenientes militares de régulos y familiares de éstos. En relación a este aspecto, el bronce final atlántico europeo da muestra de tesoros metálicos enterrados en emplazamientos naturales de especial significación territorial o simbólica, incluso bajo acuíferos dónde se desarrollaron ancestrales cultos al aire libre.

Las sociedades centralizadas admiten una especialización económica redundante en el aumento de la eficacia productiva. Centralización que suele asociarse a una ponderada explotación agrícola y ganadera propiciatoria del consiguiente crecimiento demográfico. La

administración y fomento de la referida productividad favorece tanto la especialización artesanal como el interés por técnicas de intensificación del trabajo. El almacenaje permanente de alimentos y bienes sirve a una autoridad central para alimentar, regular, recompensar y, esencialmente, controlar una población local sometida militarmente por una guardia personal con carácter policial.

La metalurgia desencadenó notorios avances en la construcción, aunque, por encima de todo, permitió perfeccionar instrumentos con los que trabajar la madera de modo mucho más minucioso que con mineral pulimentado, siempre limitado a pesar de su excepcional desarrollo, por ejemplo, en sociedades plenamente urbanas precolombinas como los mayas. El salto cualitativo será descomunal, reflejándose en arquitectura, monumental o doméstica, y propiciando el despegue de una actividad carpintera que fabrica embarcaciones, carros, ruedas, utensilios domésticos o instrumental agrario.

A la esfera militar se aplicarán criterios organizativos semejantes a los desplegados en la construcción de infraestructuras públicas, con una movilización y organización de efectivos muy similar. La organización de la guerra se discutirá en detalle, gustando con el tiempo los generales de evaluar refriegas y campañas que se empezarán a compendiar por escrito en tratados sobre táctica y estrategia.

La eficaz articulación del intercambio a larga distancia requerirá de una férrea administración central. Un sistema redistributivo que fijará la cantidad de alimentos con que el campesino ha de contribuir para obtener cierta cantidad de productos. Así, administradores, contables y funcionarios específicos, se sirven de guardias para recaudar excedentes alimentarios que, generados por la población agraria y pastoril, resultan fundamentales para alimentar a especialistas a tiempo completo. Fabricantes de cerámica, tejidos, armas o útiles domésticos y agrícolas. Con frecuencia se utilizan productos metálicos para el pago de materias primas. Un trueque ya desde tiempo atrás regularizado por la autoridad, no por los interesados en cada caso en cuestión, los verdaderos afectados por cada transacción.

La arqueología evidencia productos desde muy antiguos fabricados en grandes cantidades. El crecimiento de asentamientos resultará paralelo al de la riqueza diferencial. El empleo de fuerzas militares en campañas ofensivas se empleará para dirimir disputas territoriales intergrupales, proteger rutas comerciales o atacar las ajenas, pues las razias de pillaje como complemento a la explotación agropecuaria en muchos núcleos urbanos o preurbanos es arqueológicamente documentada desde inicios del bronce, incluso antes. La aplicación al ámbito marítimo de tales tareas depredatorias marca el inicio de una piratería históricamente documentada a través de los denominados “pueblos del mar” que esquilman el Mediterráneo antiguo poniendo en jaque al Egipto faraónico desde el siglo XIII a.n.e.

Crucial elemento en la formación de ciudades y estados, la guerra organizada obligará a atacantes y atacados a organizar operaciones defensivas u ofensivas. Levas primero reclutadas a tiempo parcial convertidas en mercenarias hordas asesinas profesionalizadas por los primeros déspotas de Oriente Medio, en última instancia persas. Una de los más antiguos documentos al respecto es la conocida como “Estela de los buitres”, que describe el desenlace de la disputa militar por tierras de cultivo acontecida entre las pujantes ciudades sumerias de Umma y Lagash. En las planicies ocupadas por el actual Irak dirimirán ejércitos de las diferentes ciudades estado sumeria sucesivas y continuas contiendas. La referida parece concluir, según la estela pétreo, con la victoria del rey Eanatum de Lagash, la ciudad ubicada más al sur de las dos.

“La propiedad tiene tres características, robo, subjetividad posesiva e invisibilidad, por eso las guerras parece que solo las hacen los ejércitos y no tienen nada que ver con la vida civil y los ejecutivos del capital”.

El primer Legislador

Hacia 1792 a.n.e, el monarca babilonio Hamurabi ordenó grabar en una estela pétreo, de 2,25 metros de altura, el código legislativo entonces vigente en su país. Sin embargo, las primeras leyes escritas del orden patriarcal, de la familia y la propiedad privada se remontan a corpus establecidos por los monarcas sumerios siglos antes. Nació el derecho, para desgracia para la mayoría de la población, y una práctica, la jurídica, conocedora de gran desarrollo durante el postrero imperio babilónico, dónde conatos codificadores, rastreados desde fines del tercer milenio antes de la era, fueron sucedidos por verdaderos corpus legislativos escritos. El de Hamurabi está dividido en tres principales secciones, correspondientes a prólogo, articulado y epílogo. Conservada en el Museo del Louvre parisino, la superficie de arenisca, hallada en 1902, sirve de soporte a la representación de la entrega al monarca, de manos del dios Marduk, de una normativa ampliamente basada en la aplicación del “ojo por ojo”. Práctica judicial que también da muestra de una divergente aplicación de penas. Parcialidad fundamentalmente desarrollada en función de la condición social del individuo juzgado. Reo habitualmente culpable, de no demostrar su manifiesta inocencia, al contrario que la ley actual mayoritariamente vigente en el mundo occidental, que rige lo contrario.

Principal fuente documental de conocimiento de la legislación babilonia, la estela de Hamurabi también regula con precisión cuestiones tan variopintas como salarios de curación

para médicos, de acuerdo a la categoría del enfermo. Igualmente, las duras penas en caso de negligencia del primero, por ejemplo, castigo de amputación de manos si el paciente perdía la vista a consecuencia de una intervención ocular fallida.

Otra tipología jurídica documentalmente evidenciada por la arqueología es la constituida por los misharu. Así son denominados, en el mundo babilonio, edictos de justicia relativos a aspectos mercantiles, por ejemplo, condonaciones de deudas. Compendios generalmente redactados en formato de cláusulas. Prerrogativas usualmente dictadas, en primera instancia, por un rey, por ejemplo, con motivo de su entronización.

Aunque de notoria relevancia histórica el de Hamurabi no es el primer código legislativo sistematizado por escrito. De hecho, Babilonia es precedida, a tal efecto, por ciudades estado sumero-acadias en las que hacía el 2700 comienza a instaurarse una monarquía militar en forma de incipientes palacios construidos independientemente del templo como centro redistribuidor. Sabemos por una inscripción que Mebaragesi de Kish es el primer monarca que ostenta el título de Lugal. Del despotismo de tan tumultuosos como seguramente orgullosos personajes son fiel reflejo lujosas tumbas, como las ubicadas en la necrópolis real de Ur, en las que no era raro se acompañaran de docenas de seguidores sacrificados con motivo del fallecimiento de un monarca. La actividad bélica se acompaña de una, no menos relevante, irradiación cultural. En ocasiones acuerdos entre dos ciudades empleaban el arbitraje de una tercera como ejemplifica el otorgado por el rey Mesilim de Kish para zanjar un litigio fronterizo entre dos ciudades vecinas, Lagash y Umma, hacia el 2600 a.n.e. Conflicto, éste, rebrotado con motivo de los éxitos militares de Eneatum de Lagash hacía 2.500 a.n.e, como da cuenta la conocida como “Estela de los Buitres”.

Hacia 2.200 a.n.e Ur Nammu de Ur promulgo un código de justicia del que no sabemos mucho pero sí que pasa por el más antiguo conocido, Su sucesor, Shulgi, se proclama monarca de las 4 regiones, a la manera de los reyes acadios que al sur de Mesopotamia desarrollaban paralelamente el más antiguo imperio de la humanidad. A través de este monarca, la IV dinastía de Ur consigue reducir el poder de los reyes locales convirtiendo en una especie de gobernadores provinciales, confinados a la autoridad de un poder central, a los mandatarios de núcleos urbanos subsidiarios bajo la órbita de ésta ciudad. Durante sus primeros años de reinado adopta medidas como la reorganización del ejército y una reforma del sistema de pesos y medidas no unificado para toda Mesopotamia hasta época babilonia.

Sexto monarca de la primera dinastía babilonia la figura de Hammurabi es bien conocida gracias a los archivos de la ciudad de Mari. No es en vano que el oficialismo haya erigido a este monarca como la figura central de la historia de Mesopotamia. Su código no compila todas las leyes en vigor, simplemente las necesitadas de modificación o promulgación.

Unifica legislaciones anteriores resultando impuesto a todos los pueblos del Imperio Babilonio en lo que constituye la primera unificación jurídica de Mesopotamia. Supone el conocimiento de anteriores compilaciones en particular la anteriormente referida de Ur Nammu y la de Lipith-Isthar de Isin, en las cuales se inspira en parte.

A diferencia de la Grecia arcaica, las compilaciones legislativas escritas de Mesopotamia nunca respondieron a las exigencias de simples ciudadanos, si no a la iniciativa de los reyes que los colocaban bajo su patrocinio. Códigos que no pretenden promover el progreso ni transformar el orden si no, simplemente, reglamentar y garantizar su cumplimiento. A través de ellos escudriñamos la estructura de la sociedad babilonia con tres niveles, señores, pueblo, artesanos y agricultores, y esclavos en un número que nos permite hablar de una sociedad plenamente esclavista. Una dilatada y compleja legislación regulaba matrimonio, divorcio, adopciones o testamentos. Por lo general, los castigos dictados en el código de Hamurabi (inicialmente emplazado en el templo del Sol de Babel) se basan en la aplicación de la ley del talión entre personas de la misma clase, y en penas pecuniarias en los demás casos.

El desvanecimiento de las madres prehistóricas

Tentativas de diseño de esquemas con los explicar el completo desarrollo de la sociedad se apoyaron a menudo en la aplicación del, entonces laureado, evolucionismo biológico al plano de lo cultural y social. En 1851, el jurista británico Sir A. Maine publica Ley Primitiva, dónde afirma que la familia patriarcal era la unidad original de la sociedad. En apoyo de esta opinión citaba principalmente ejemplos bíblicos. Unidades familiares que, agrupadas en el clan y la tribu, habrían dado lugar a unidades sociales mayores. Ese mismo año, el suizo Bachofen aseguraba que el estado original de la humanidad era el derivado de una promiscuidad sexual de la que emergería el matriarcado. Sistema social después reemplazado, de modo casi global, por patriarcados u organizaciones sociales dirigidas por hombres.

A finales de la década de los ochenta del siglo XIX, autores como Westermarck restauran la idea de que la monogamia era el esquema normal del matrimonio en toda sociedad humana. Tesis falsa y del todo absurda que, evidentemente, resultaría del agrado de los más tradicionalistas, apologistas y moralistas cristianos y puritanos de la época.

En 1941 Briffault, a diferencia de las tesis planteadas décadas antes por Bachofen, no definió el matriarcado en términos de verdadero dominio de la madre o de herencia a través de línea materna. Habló de él como un período, pre y protourbano, en que las mujeres fueron socialmente predominantes. Su teoría entendía el matrimonio como un originario contrato

entre grupos con una tradición no escrita. Dicho acuerdo convenía como un hombre integrante de un grupo tribal, clan o banda, podía tener acceso a mujeres de otros grupos, derecho que le era negado o prohibido para con el suyo propio. Un supuesto cambio general del matriarcado al patriarcado fue asumido con el cambio a modelos productivos y de esencial emergencia de la propiedad por investigadores y antropólogos como Gordon Childe. El australiano demostró como algunas culturas o pueblos “primitivos” han pasado por las etapas matriarcal y patriarcal en sus diversos órdenes, fundamentalmente, como una adopción de métodos distintos de subsistencia. En algunas zonas del continente africano y otros puntos del planeta, puede aún rastrearse como una, relativamente reciente, adopción de la propiedad privada y el consiguiente individualismo, incide en una institución matrimonial que asume, casi inalterable, la forma de patrilineal transacción puramente comercial desde hace milenios.

Otras hipótesis, ciertamente cuestionables, lanzadas por la arqueología feminista han llegado a sostener que el fin de la caza mayor (como principal mecanismo de subsistencia que había resultado mayoritariamente controlado y ejecutado por el rol masculino durante muchos milenios) dio lugar a incipientes formas de explotación agropecuaria que terminarían confinando a los varones al pastoreo. Papel secundario otorgado en base a la ancestral vinculación de éstos con las bestias y, sobre todo, a que las mujeres, dotadas con el exclusivo poder de crear y dar vida, guardarían con celo, a ojos de éstos, el secreto de algunas semillas aptas para el cultivo. Situarlos en un plano de absoluta ignorancia respecto a fecundación y procreación, ubicaría a los varones en un estadio de sumisión y sometimiento en el plano sexual, por tanto, en todos los demás. Quizás el hombre no fuera consciente del sentimiento de paternidad y que crías nacidas del vientre de la madre también eran engendradas por él.

No suscribiré el término “matriarcado” al pretender otorgar una concepción distinta a todas las anteriores. Planteamiento que inscribiría en torno a lo maternal el fluido vital. No un matriarcado sino un “mundo materno”, en que todo gira en torno a la crianza y protección de las crías, que es lo que hace que la especie siga, es el que precedió, quizás, al estado y, sobre todo, a la propiedad privada en, quién sabe, cuantas ocasiones.

Con la sedentarización también cambia la relación entre hombres y mujeres germinando una forma de libertad individual paralela a las normas del grupo.

Evidencias materiales de figurillas y estatuas femeninas halladas en contextos europeos, desde fines del Paleolítico hasta bien entrada la fase neolítica, evidencian indicativos de organizaciones matrilineales preestatales. Así, el templo maltés de Tarxien, erigido a finales del tercer milenio a.n.e, contenía una estatua pétreo femenina de 180 centímetros. Figura incluida en el repertorio iconográfico de “mujeres gordas” o con patente estatopigia.

Temática repetida en versiones menores de templos malteses, en probable asociación a sepulturas, perfilando la, más que probable, implantación de un culto a antepasados femeninos. Pruebas, en su mayoría pertenecientes a estados secundarios, que, sin embargo, gozan de suficiente coherencia como para postular una etapa matrilineal predecesora de la fase estatal. Estadio cultural por el que habrían pasado los estados prístinos, cuando menos algunos de ellos, antes de su eclosión. No en vano, la palabra más antigua que designa “libertad” es amargi, expresión sumeria traducible por “retorno a la madre”.

El anteriormente referido horizonte cultural presumerio obeidiano, así como otros ejemplos anatolios y egeos, ha conservado figurillas femeninas modeladas con cabeza de serpiente, resultando claro su sentido religioso en conexión a primigenios templos domésticos identificados en asentamientos preagrícolas de tamaño considerable, como Chatal Hoüyük, en la actual Turquía. En poblaciones norteamericanas, como los indios zuñi, cultura tribal de Nuevo México con agricultura incipiente, fue común la figura del berdache o travestido, personaje central en arcaicos rituales relacionados con la fertilidad en los que, mediante masturbación pública al comienzo de la primavera, se aseguraba el retorno de la fauna salvaje.

La teoría expuesta por el referido antropólogo, filólogo y sociólogo suizo Bachofen en Mutterrecht (“Derecho Materno”), sostenía pues el desarrollo prehistórico de un estadio de la sociedad denominado heterismo, cuya transición a la monogamia y el derecho paterno se produjo como consecuencia de la inclusión de nuevas deidades masculinas en las concepciones y panteones religiosos.

Relaciones que excluían la certeza de la paternidad durante el heterismo hacían que la filiación solo pudiera concebirse por línea femenina, circunstancia que hará probable que las madres gocen de gran respecto llevando en algunos casos al dominio femenino (ginecocracia). Para Bachofen la proliferación arqueológica de deidades femeninas probaba el dominio de las mujeres en algún momento de la prehistoria. Alejados paulatinamente de las evidencias arqueológicas, los postulados matriarcalistas irán necesitando paulatinas matizaciones por parte de sus difusores, acometiendo, probablemente, Bronislaw Malinowsky la desarticulación definitiva de dicho modelo teórico. Ello al poner el acento en la habitual confusión inducida entre los términos “matriarcal” y “matrifocal”. Si bien puede sostenerse que, por regla general, las mujeres ostentan una mejor posición en las sociedades matrifocales, no puede asumirse que, por dicho motivo, exista un ostensible patente dominio del sexo femenino en el ámbito social o político, quedando obsoleto, a mediados del siglo XX el referido planteamiento ideológico.

Los datos aportados por diversas ramas científicas a lo largo del presente siglo otorgan un panorama en el que, incluso con una clara división del trabajo, la mujer prehistórica goza de, cuando menos, una valoración social similar a la del varón en buen número de ejemplos etnoarqueológicamente analizados.

Se constata un viraje iconográfico, de lo femenino a lo masculino, desde el último Paleolítico (23.000-14.000 a.n.e), al inicio de la etapa climática (holoceno) y cultural posterior (neolítico). Circunstancia de notoria intensificación en la Edad del Bronce, como en las, anteriormente referidas, figuraciones iconográficas de despotismos orientales. Célebres viriles relieves, guerreros o cazadores, por los que es fácilmente reconocible, por ejemplo, el imaginario asirio. Leones heridos que se revuelven o guerreros aplastados bajo los carros desbocados y caballos rampantes enmarcando, repetidamente, a personajes socialmente destacados, habitualmente representados con trepanadas barbas.

La representación del cuerpo femenino es mucho más frecuente que la del masculino en el arte paleolítico, en buena medida identificable por sus famosas "Venus estatopigias", esculturas de unos pocos centímetros, talladas en piedra, hueso o marfil, e incluso modeladas en cerámica durante el neolítico, con resaltados glúteos, caderas y vulvas. Sin duda relacionadas con la fertilidad, dichas figuraciones, lejos de desaparecer, siguieron siendo relevantes en época neolítica, como atestiguan piezas de terracota procedentes de yacimientos mesopotámicos como Tell Halaf (hacia el 5.000 a.n.e), dónde las formas femeninas, indicativas de cultos a la fertilidad, resultan decoradas con pequeños trazos geométricos en oscuro. Las venus dominaron la creación escultórica europea y próximo oriental desde el 30.000 hasta las primeras evidencias de deidades patriarcales y su culto a una omnipotente deidad masculina.

La adoración a la luna con probabilidad precedió largo tiempo a cualquier forma de culto solar, siendo el satélite terrestre considerado, para no pocas culturas, esencial en aspectos como la maternidad. La luna es el cuerpo celeste ancestralmente asociado a la mujer o principio femenino. Origen probable del carácter peligroso que muchas mitologías le adjudican a la hembra. Introdutora de muerte y dolor en el mundo para "machistas" cosmogonías nativas norteamericanas, como la iroquesa. Qué decir de la iglesia católica y su mitología. La mitología egipcia contaba que la humanidad casi sucumbió por completo a los incendios e inundaciones provocados por la diosa Hathor, también conocida como Isis. Siete hathor luego identificadas con las tres moiras griegas, parcas latinas o nornas escandinavas. Plena identificación de la muerte con un principio femenino tan lujurioso como la primera vampira de la historia hebraica, Lilith.

Causa básica del notable cambio de status de las mujeres en el amanecer de la sociedad compleja, fue quizás la institucionalizada especialización de las actividades. Y especialmente la consolidación de diferencias de clase como medio de perduración de la sociedad compleja.

La unión conyugal era, casi invariablemente, un contrato económico entre familias en las primeras sociedades antiguas. En los pueblos mesopotámicos era frecuente la poligamia. Textualmente documentado en Babilonia, Asiria o Ugarit, este tipo de matrimonio suponía un aumento de la productividad de la familia y mayor prestigio social del cabeza de la misma. La tenencia de varias esposas estaba acompañada de dotes y regalos que debía pagar el marido, si bien a menudo las esposas secundarias acaban viviendo en estado de concubinato o servidumbre sexual.

Los pueblos mesopotámicos solo entenderán el adulterio como delito si era de carácter femenino, constituyendo una falta tanto para hombres como para mujeres en el Antiguo Egipto.

Mayoritariamente la familia es una estructura grupal jerarquizada en torno a un varón que detenta el poder. Y en nombre del padre se ha infligido no poco sufrimiento a la humanidad. Hablar de familia es hablar de matrimonio y, generalmente, de patria potestad, figura de obediencia jurídica básica en nuestros días. Familia también asociada a un patrimonio o conjunto de propiedades que detenta y la sustentan. De modo generalizado se encuentran hoy incorporados inconscientes mecanismos de adaptación y sumisión voluntaria, una sumisión fundamentalmente manifestada en asociación al amor. En el seno de la familia “convencional” interiorizamos el principio de autoridad generando una sumisión inconsciente. Aprendemos a obedecer amando (a la autoridad), también cómo manda la autoridad que supuestamente nos ama. Aprendemos también quienes están destinados a mandar y quienes a obedecer. En consecuencia, la familia nos enseña aquello que tenemos que reprimir y como debemos hacerlo para ser queridos y socialmente aceptados, funcionando como entidad que modela conforme a la ley del padre, institución enraizada en la estructura emocional y psíquica del individuo.

La idealización de la pareja es una adaptación a los arquetipos masculinos y femeninos de dependencia y poder. A menudo para la mujer el amor es dependencia y para el hombre poder, necesitando, en tal caso, éste ser necesitado, o sea, una mujer a quién dominar. Y quizás por ello con inusitada frecuencia a las mujeres sigue sin gustarles que los hombres sean débiles y a éstos que ellas se muestren independientes y autosuficientes. Resulta por ello necesario replantear el cuestionamiento de los roles masculinos y femeninos para no reproducir otras formas estructurales con los mismos arquetipos. Se torna imprescindible

una intensa labor teórica y práctica que resitúe de forma armónica las relaciones entre ambos sexos.

Las cadenas de la esclavitud moderna son invisibles. Hay un orden simbólico que emite constantemente pautas de comportamiento a nuestro inconsciente. Restaurar por ello relaciones armónicas entre ambos sexos, y entre adultos y niños, requiere la abolición de la familia y el patriarcado, ello conceptualizando el grupo de apoyo y el papel del hombre en términos diferentes a la ley patriarcal, recuperando a la madre como unidad. La familia, y con ella el matrimonio, sea poligámico o monogámico, descansa, para algunas investigadoras e investigadores, en un matricidio. Entradas las primeras sociedades históricas los comportamientos sexuales dependían, en gran medida, de la clase social, pues las convenciones resultarán diferentes para cada estamento. Aunque el Antiguo Egipto era, en general, una sociedad monógama, entre las élites se permitirá que los varones formaran harenes de concubinas, consideradas esposas a diferente nivel, en el caso del faraón. En la familia real egipcia se romperá con un importantísimo tabú para la generalidad de la sociedad, el incesto. De hecho, se veía conveniente que el monarca contrajese matrimonio con hermanas e incluso hijas, pues las mujeres portaban la realeza en su sangre. Por tanto, cuanto mayor era la concentración de esa sangre, más pura sería la realeza de un soberano. El reinado de Hatshepsut (siglo XIV a.n.e), reina egipcia que, parece ser, educaba para sucederla a su hija Neferure, constituye un episodio inédito al respecto. Episodio que fue borrado de la historia patriarcal que lo sucedió, resultando hoy detectivescamente sacado a la luz por la arqueología tras arrancar los sucesores de ésta reina todo vestigio gráfico y monumental del poder femenino en el país del Nilo. Poderío ostentado por la primera reina de la historia de que se tiene noticia, cuyo célebre hipogeo excavado en la roca se ubica en el paraje de Deir El Bahari.

Desde los años setenta del pasado siglo se han multiplicado las propuestas de recuperar la vida milenios atrás excluida de la presente sociedad patriarcal. Los mitólogos inventaron el Hades para desterrar esa vida que no debía saberse ni imaginarse; las manzanas y la serpiente, símbolos del placer que impulsa la vida, fueron conquistadas y destruidas por Hércules, arquetipo del nuevo ser humano patriarcal. Mito que instituye la superioridad masculina institucionalizando el dominio masculino sobre la mujer y matricidio. Los hijos dejan de estar al cuidado del grupo o comunidad para pasar a ser propiedad de un “pater familias”, figura legislativa que detentará en adelante la autoridad familiar. La familia como unidad sustituye por completo al grupo. El monoteísmo hebreo desplazó a la mujer al concebir un universo creado por una sola fuerza, la voluntad divina. En la mitología grecolatina las erínias, euménides o furias eran primitivas fuerzas femeninas no sometidas a

la voluntad de Zeus, deidad suprema del Olimpo. Relegadas al inframundo se dedicarán a castigar a los criminales.

Referencias bibliográficas

AA.VV. (s/a) *La represión del deseo materno y la génesis del estado de sumisión inconsciente.*

Barley, N. (1979) *El antropólogo inocente.*

Briffault, R. (1977) *Las madres. La mujer desde el matriarcado hasta la sociedad moderna.* Buenos Aires, Siglo XX, 1977.

Clastres, P. (1977) *La sociedad contra el estado.*

Cruz, R. (2008) *El Chamanismo.* En: Memoria, la historia de cerca. N° 12.

- **(2011)** *Historiografía arqueológica española. El uso político del pasado.* En: Contrahistoria N° 3.

Exposición Caixa Forum (2013a) *Maestros del kaos. Artistas y chamanes.*

- **(2013b)** *Antes del diluvio. Mesopotamia 3.500-2.100 AC.*

Exposición Museo Arqueológico Provincial de Alcalá de Henares (2012) *El arte sin artistas.*

García Huerta, M. R. y J. Morales Hervás (2004) *La Península Ibérica en el II milenio AC. Poblados y fortificaciones.* Universidad de Castilla La Mancha.

Harris, M. (1975) *Vacas, cerdos, guerras y brujas.*

- **(1987)** *Caníbales y reyes.*

- **(s/a)** *Jefes, cabecillas y abusones.*

Kramer, S. L. (2010 [1955]) *La historia empieza en Sumer.* Ed. Alianza 2010.

La Rosa Negra (2013) *Vida y obra de Pierre Joseph Proudhon. Reflexiones sobre los conceptos de propiedad y plusvalía.* Madrid.

Leval, G. (1978) *El estado en la historia.*

Maillo Fernández, J. M. (2016) *Violencia entre grupos de cazadores recolectores en la prehistoria.* En: Nature N° Enero 2016.

Malayerba y Colectividad Manazares (1996) *Actas II Jornadas Anticapitalistas (Colectividades y Okupación Rural).* Facultad de Biológicas U.A.M, marzo 1996.

Malinowski, B. (1926) *Crimen y costumbre en la sociedad salvaje.*

Mundford, L. (2012 [1961]) *La ciudad en la historia. Orígenes, transformaciones y perspectivas*. Logroño, Pepitas de Calabaza 2012.

Museo Nacional de Antropología de Madrid. *Colección Permanente*.

Redman, Ch. (1990) *Los orígenes de la civilización. Desde los primeros agricultores hasta la sociedad urbana en el Próximo Oriente*. Barcelona, Ed. Crítica.

Roca Martínez, B. Coord. (2008) *Anarquismo y antropología*. Ed. La Malatesta, Madrid.

Rodríguez Bustos, C. (2010) *El asalto al Hades*.

Sales Santos, V. e I. Medina Elquezabal (2012) *Comunidades sin estado en la montaña vasca*. Antsoain, Hagin.

Sans, E. y C. Varea (2008) *Iraq. Saqueo cultural a la cuna de la civilización*. En: Memoria. La historia de cerca Nº X.

Sin datos de autor (2003) *El secreto de la diosa*.

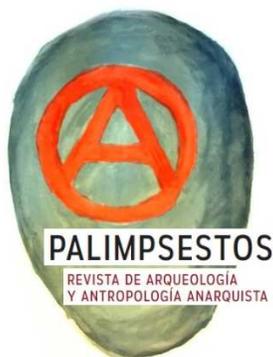
- **(2008)** *El Matriarcado. Ecos del poder de las mujeres*. En: Memoria. La Historia de cerca Nº 8.

Spencer, H. (s/a) *Principios de sociología*.

Villar Liébana, F. (s/a) *Vascos, celtas e indoeuropeos*.

Wagner, R. (1996) *El Próximo Oriente antiguo*.

Wittfogel, K. (1963) *Despotismo oriental. Estudio comparativo del poder totalitario*. New Haven.



Nº 0 – Año 1 – Abril de 2017

